

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 887.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

El cautivo. — Teatro de la Ópera Cómica; grabado. — **De la influencia de la educacion y de la mujer en la civilizacion de los pueblos.** — El castillo de Pierrefonds; grabado. — **Celebracion de la misa en el hospicio de los sordo-mudos de Paris;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Poesias.** — **El istmo de Suez;** grabados. — **La mujer de los siete maridos.** — **Visiones.** — **Costumbres japonesas;** grabados. — **Estudios de Carnaval comparado, por Cham;** grabados. — **El cerrajero de Filadelfia.** — **La casa de Cardona.** — **Un ataque de lobos;** grabado. — **Java, Siam, Canton;** grabado.

El cautivo.

4085.

I.

Los cristianos combatian en Castilla con todas sus fuerzas bajo el mando del sexto de los Alfonsos, é iban extendiendo sus conquistas por el reino de Sevilla, sometido al dominio absoluto de Mehemed-ben-Abad. Este reclamó para conjurar la terrible tormenta que iba á

descargar sobre su cabeza los poderosos socorros de Jussef-Tasfin, rey de Africa. Jussef pasó con la rapidez del rayo á España, reunió sus fuerzas á las de los defensores de la ley del profeta, y en una batalla decisiva dada entre Badajoz y Mérida, quedó completamente derrotado el ejército cristiano. Veinte mil hombres perecieron, y los historiadores atribuyen tanta catástrofe al terror que se apoderó de los caballos de los españoles al ver por la vez primera los corpulentos dromedarios que de Africa traxera Jussef. Alfonso en vano hizo prodigios de valor, vió en derredor suyo caer la flor de sus caballeros, él mismo quedó herido, y sin la decision de su escudero don García, hubiera caído en poder de los vencedores.



TEATRO DE LA ÓPERA CÓMICA. — Sueño de Amor, ópera cómica en tres actos, acto II, escena II. — (Véase la Revista de Paris.)

Los árabes y los africanos cara compraron la victoria, la muerte había recorrido también sus imponentes filas, y no se hallaban en estado de perseguir los restos del ejército cristiano, que el rey Alfonso, mostrándose superior á la fortuna, en buen orden dirigía sobre Toledo. La paz era el deseo común de cristianos y musulmanes, y la paz fué concluida. La bella Zaida, hija del rey de Sevilla, renunció á la ley del profeta, y subió al trono de Castilla y de Leon como esposa de Alfonso.

Este enlace fué el sello de la paz entre ambos reinos, y España, fatigada de tantas guerras, respiró un momento. Alfonso se consagró al amor de su dulce esposa, y cedió sus posesiones en Portugal á Enrique de Besanzon, que había combatido á su lado, y ganado la mano de su hija. Esta cesion fué el origen del actual reino de Portugal.

Don García, el escudero y el favorito de Don Alfonso, fué uno de los que compusieron la embajada que en Sevilla concertó el matrimonio de su rey. Los árabes principales le festejaron á porfía, pues todos veían un fausto acontecimiento en la conclusion de la paz, y como don García era uno de los donceles mas bizarros y apuestos de Castilla, las damas moras le trataban con el mayor afecto.

II.

Aunque los árabes de Sevilla se hallaban en completa paz con los cristianos, no obstante algunas violencias por ambas partes, quebrantaban á veces los tratados. Aboud-Said, uno de los guerreros mas ilustres de la tribu de los Alhamares, que había venido de Arabia á Africa y de allí á España, y que tenía varios castillos suyos en el reino de Sevilla, Córdoba y Jaen, se había retirado á una de sus fortalezas á la conclusion de la paz.

En vano Mehemet, su rey, había intentado retenerle en su corte, de la que era el mas bello ornamento su hija Zaira. Solo con ella en su castillo rodeado de esclavos, su único placer, su sola distraccion era dañar á los cristianos. Mas que el fanatismo religioso le impelia un espíritu de venganza; la necesidad de borrar alguna ofensa.

Nadie imaginaba la causa de este odio, odio que se aumentaba en proporcion de la mayor gerarquía, de la mas alta posicion que ocupaban en Castilla los cautivos. Maldecía la paz que le reducía á la inaccion y empleaba sus fuerzas en cautivar á cuantos su mala suerte conducía á la intermediacion de sus fortalezas.

Mas de una vez reclamaciones serias obligaron al rey de Sevilla á interponer su autoridad para librar á algunos, pero mas de una vez tambien quedó desairado el descendiente de los califas, porque Aboud-Said era un hombre poderoso, y con todos los elementos necesarios para hacer estallar una rebelion. En vano las súplicas de la jóven é interesante Zaira intentaban templar su furor, sus lágrimas solo servían para encender mas su cólera.

Varios eran los cristianos que fiados en la paz habían pasado cerca del castillo de Aboud-Said, y habían sido cautivados contra toda ley, y sufrían un trato cruel, bárbaro é inhumano. Los hacia trabajar continuamente en las obras del castillo, vigilados de algunos de sus esclavos africanos, que se complacían en hacer sentir á los cristianos todo el peso de su mísera situacion. Casi desnudos, sujetos ambos piés con una pesada cadena, faltos del alimento preciso, muchos habían perecido en tan penoso cautiverio. Un caballero que en una noche de tempestad, perdido en el camino, había demandado al inhumano árabe la hospitalidad, gemía tambien en tan dura condicion.

Cuando descansaba un momento de las duras fatigas á que sus manos delicadas no se hallaban acostumbradas, volvía su apenada vista á la vecina ciudad de Sevilla, donde todo era paz, todo tranquilidad, todo placeres; dirigíala despues á Castilla, en donde había dejado una familia que le contaba en el número de los muertos hacia tres años, y un alto puesto en la corte de Alfonso. El rostro noble, la constancia con que sufría sin lamentarse como los otros cristianos su suerte, le atraieron la consideracion, el interés de Zaira. Esta fué la sentencia de su muerte. Aboud-Said, cuya conducta dirigía una causa oculta y particular, se apercebió del interés que el cautivo inspiraba á su hija.

Un dia al declinar la tarde Aboud, seguido de cuatro africanos, se colocó en la puerta de una especie de mazmorra donde se encerraban los cautivos, que serían hasta unos doce, á dormir por la noche. Pasaron todos sin osar de terror mirar al árabe, tanto era el pavor que su sola vista les inspiraba. El último solo osó mirarle fijamente. Iba tal vez á dirigirle alguna reconvenccion, cuando á una señal de Aboud, cuatro africanos se precipitaron sobre él sin abrir la boca, sin pronunciar una sola palabra, como si fuesen mudos. El dueño del castillo quería fuesen pareos en palabras, pues los horribles misterios del castillo debían ser protegidos por el silencio de la muerte.

Los africanos bajaron al noble cautivo á un profundo calabozo, colocaron su cuerpo sobre una paja húmeda, y sujetaron su cuello á la pared por medio de una fuerte argolla; pero con tan poco miramiento, que saltó la sangre y perdió el sentido.

III.

El cautivo que así habían clavado á la pared del calabozo era don Martin Alfonso de Haro, noble caballero,

que en la corte de Don Alfonso ocupaba un distinguido lugar. Como Castilla y Sevilla se hallaban en paz, iba á recobrar una parte de la herencia de su padre, de un cristiano residente en Sevilla, cuando ya inmediato al término de su viaje, había sido vilmente detenido por Aboud-Said, á cuyo castillo había llegado fiado en la tregua á demandar hospitalidad. En vez del generoso asilo que los árabes eran tan inclinados á conceder, había hallado la esclavitud.

Vuelto en sí al cabo de algun tiempo, bien pronto comprendió su triste posicion. No reinaba en derredor suyo aquella oscuridad, inseparable compañera de los calabozos subterráneos. Una lámpara suspendida sobre su cabeza iluminaba aquella estancia atroz. Enfrente se veía el esqueleto de un hombre que allí habían dejado podrir, y que exhalaba aun un olor cadavérico. Así la luz servía solo para atormentar la imaginacion antes de atormentar el cuerpo.

— ¡Oh! tú que me has precedido, dijo don Martin fijando la vista en el esqueleto con noble resignacion, quien quiera que seas, y tal vez alguno de mis amigos, porque los mas caros á mi corazón, han desaparecido ó muerto en los campos de batalla, quien quiera que seas, pide á Dios que ha recibido tu alma, que la mia llegue á él y muera cual cristiano y buen caballero.

Las horas de la noche fueron mortales. Una fiebre, acompañada de un delirio espantoso, se apoderó de su cabeza; en vano intentó arrancar la argolla que le sujetaba y que le abrasaba como un círculo de fuego. Una sed ardiente le devoraba, volvió su vista y alargó su mano para ver si encontraba un poco de agua. Nada, el cántaro estaba vacío. Se le negaba hasta el agua y el pan negro, comida ordinaria de los individuos condenados al suplicio.

Difícil es describir el tiempo que duró el delirio de don Martin, cuando volvió en sí, su cabeza se hallaba sostenida, no por la dura argolla sino por otra cosa flexible y suave que se prestaba á sus movimientos, y al alzar los ojos para examinarla, reconoció el brazo de una mujer arrodillada cerca de él, cuyo rostro cubría un denso y blanco velo, pero que parecía honrar con el mayor respeto su infortunio.

Refrigeró sus desecados labios con una bebida fresca, que gustó con ansia el cautivo, le ofreció unos alimentos que había colocados donde fácilmente podía recogerlos, y con un acento que penetró hasta el fondo de sus entrañas, le dijo:

— Ten firmeza y esperanza, yo velo por tu vida. Y sin aguardar su respuesta, salió por una puerta de la subterránea estancia, poniendo un dedo sobre su boca y con la mayor precaucion.

A la mañana siguiente, ó á la noche, porque la noche y el dia tenían igual color en este sepulcro, don Martin oyó descorrer cerrojos y vió abrirse la puerta del calabozo... Esperaba volver á ver la aparicion que durante su sueño había venido á velar en su salvacion, abre los ojos lleno de confianza, y su mirar naturalmente grave y severo expresaba el reconocimiento, y es seguro que no experimentaria tanto horror un niño que creyendo acariciar una blanca paloma encontrase de improviso en su mano la helada cabeza de una serpiente, como experimentó don Martin cuando reconoció la horrenda figura del negro africano, verdugo y ministro de las venganzas de Aboud-Said.

Contempláronse los dos un momento, con el desden propio de su situacion. Don Martin lo miró con el desprecio de un valiente caballero, el africano con la alegría de la hiena cuyos ojos brillan alterados de sangre á vista de su víctima.

— Cuando quieras, asesino, dispuesto estoy á la muerte.

— ¡Asesino! ese es mi nombre; esclavo y verdugo del castillo, gozo en ver sufrir á los cristianos y á los árabes. Poco me importa que estos ó aquellos sean libres, pues yo siempre he de ser esclavo.

— Hablas mucho, esclavo, y tal vez tu amo aguarda impaciente mi cabeza.

— ¡Mi amo, mi amo! murmuró entre dientes el africano. Sí... sí, es mi amo, pero guárdese él mismo.

El africano no traía consigo arma alguna, desató de la argolla á don Martin, atándole los brazos á la espalda, sin que este opusiese la mas ligera resistencia. Don Martin conocía que hubiera sido inútil, y así se preparó á morir con la resignacion de un cristiano y con la firmeza de un caballero. El africano lo conoció así, abrió la puerta del subterráneo sin la menor desconfianza. Don Martin, imaginándose que iban á quitarle la vida en presencia del inhumano Aboud, y ver la luz del dia, exclamó:

— ¡Gracias á Dios que aun volveré á ver la luz del sol!

— No, replicó bruscamente el africano, aquí terminarás la vida, y al mismo tiempo alzó una gran piedra redonda que cerraba la boca de un profundísimo pozo. Aproximó despues una especie de tajo destinado á apoyar sobre él la cabeza de la víctima.

Don Martin lo comprendió todo con una sola mirada.

— Ya ves que nada se ha olvidado, encomienda tu alma á tu Dios ó al profeta, á mí me es indiferente, interin yo voy á aquel rincón á buscar la buena amiga á quien tu boca ha de dar el último beso.

Dió algunos pasos hácia un extremo del subterráneo, y viendo á don Martin que de rodillas oraba:

— ¡Bien! así me gusta, porque te advierto que todas las puertas exteriores están cerradas, y que es imposible la fuga.

Adelantóse el africano hácia un rincón del subterráneo donde no podían penetrar los débiles rayos de la lámpa-

ra, y al llegar donde sin duda debía esperarle algun otro esclavo dijo:

— Dame ya el hacha, y vente conmigo.

La persona á quien él se dirigía había hallado medio sin ser vista de aproximarse al cautivo, cortar las cuerdas que ataban sus manos y presentarle el hacha que el africano pedía.

— ¡Valor, cristiano, todas las puertas están cerradas; tuya es la vida de tu verdugo!

Don Martin se levanta súbitamente, el africano corre furioso á él, pero sin armas, quiere derribarle y oprimirle con el peso de su nervioso cuerpo, pero el cristiano de un solo golpe derriba á sus piés cadáver al verdugo, abre los ojos y reconoce á la mujer cubierta con el blanco velo que un dia antes le había animado y consolado en su prision.

Don Martin arrojó el cadáver del africano al pozo destinado para él, y siguió á su misteriosa salvadora al través de largos y desconocidos corredores, hasta una oculta estancia del castillo.

Allí levantándose el velo la hermosa Zaira dejó ver sus bellísimas facciones.

— ¿Me conoces, cristiano? le preguntó enseñándole el rostro.

— Sí, respondió don Martin, sois la hija de Aboud, el mas cruel enemigo de los cristianos.

— Tú has pronunciado el nombre de mi padre, dijo inclinandose con respeto, bendito sea su nombre, y Alá le perdone el daño que causa á los cristianos, ya que uno de ellos ha sido el autor de todos mis males.

Don Martin hizo un movimiento de reprobacion con la cabeza.

— Eres castellano, eres caballero, y tal vez mas que nunca me condenas; pero te juro que soy inocente.

Un ligero suspiro se oyó. Don Martin volvió la cabeza para ver el punto de donde podía venir.

— Hé ahí mi prueba, mi justificacion, mi testigo, tú lo has oido, vas á verlo.

Y al decir esto le aproximó á un lecho donde dormía un niño de cuatro á cinco años, bello como el sol.

Su madre le contempló con orgullo y dolor, dejando caer sobre él una lágrima ardiente. Iba á despertarlo cuando volviéndose á don Martin, le dijo:

— Dejémosle dormir aun, y tú, cristiano, escúchame con bondad.

— Teneis derecho á exigirlo todo de mí.

(Se continuará.)

De la influencia

DE LA EDUCACION Y DE LA MUJER

EN LA CIVILIZACION DE LOS PUEBLOS.

Las leyes son el reflejo de la influencia de la mujer y del estado de la educacion en un pueblo.

Los hombres serán lo que á las mujeres plazca; si quereis ser grandes y virtuosos, enseñad á aquellas á serlo.

J. J. ROUSSEAU. *Emilio*, lib. V.

Rara es en la historia de la humanidad la época en que ya nobles y generosos sentimientos, ya ilegítimos y bastardos no hayan impulsado al individuo ó á las escuelas á ocuparse de una cuestion, que en todas las naciones, como en todos los siglos, ha de gozar siempre de un grande interés y de una trascendental importancia.

Desde el momento en que fué conocida la dualidad de la naturaleza humana; desde el instante en que la religion, la razon y la experiencia de consuno enseñaron que el hombre había venido al mundo para representar en él el principal de los papeles, y que para conseguir tan alto fin le era necesario desarrollar sus facultades, el individuo unas veces, las escuelas otras, fijaron por tema de sus meditaciones el buscar el camino mas corto y mas fácil para realizar tan elevado objeto; y con frecuencia nos manifiesta la historia de las ciencias filosóficas-sociales, que en algunas épocas se ha creído disponer al hombre para marchar expeditamente hasta llegar á aquel punto, desarrollando sus facultades físicas, mientras que en otras se ha juzgado ver el único camino conducente al mismo fin en el desenvolvimiento de su espíritu.

Cuál de estos dos juicios es mas simpático para nosotros, quizá no necesitemos decirlo: entre el cuerpo y el alma la preferencia no es dudosa; no porque el instinto decida la cuestion, sino porque la razon, apoyada en la mas sublime de las religiones, nos enseña á dar valor á lo que de Dios hemos recibido, y á despreciar lo que la tierra nos ha entregado y á la tierra devolveremos.

Sin embargo, si la perfectibilidad del hombre la encontrásemos solo en el desenvolvimiento de sus facultades espirituales, incurriamos en un grave error que, por simpático que nos sea, debemos rechazar de nosotros, como lo rechazamos de los ilustres autores que lo han sostenido. Si no fueran posibles mas teorías que la

del desarrollo del cuerpo ó la del espíritu, esta última sería la nuestra; pero siendo cierta, como á nuestros ojos aparece, la dualidad de la naturaleza del hombre, existe la teoría basada en ella, que es la que hemos abrazado y sostenemos. Sí; la perfectibilidad del hombre, esa idea que debe pasar constantemente sobre la frente del individuo, como sobre la de los gobiernos; esa idea que, bien ó mal realizada, lleva consigo la felicidad ó la desgracia de las naciones, no puede obtener solución práctica, mientras en el mundo tampoco la obtenga el desarrollo físico y moral del hombre.

¿Dónde pues hallaremos el gérmen de la civilización? En la educación únicamente.

Por desgracia ó por fortuna quizá, según los inescrutables designios del que todo lo dispone, esta idea, que en mi sentir es la única conservadora y salvadora de la sociedad, lejos de haber dominado siempre en ella, ha estado oscurecida por muchos siglos, y olvidada no pocos. Nada extraño es ciertamente que en los pueblos antiguos no ejerciera influencia alguna, porque si esta idea es innata en el hombre, su aplicación práctica no existirá, mientras que la sociedad no cuente con bastantes elementos para desarrollarla; y porque tampoco pudo adquirir el carácter de deber hasta el día en que el hombre, sintiéndose elevado sobre sí mismo, conoció y sintió que el fin de su creación no era realizable en la tierra, y hasta el momento en que en sus semejantes reconoció á sus hermanos.

Fácil, ó posible, cuando menos, es que antes de declararse enérgicamente este estado en el hombre, haya nacido la cultura, pero en los siglos en que la política de los Estados era la guerra extranjera y la conquista: en los siglos en que un pueblo no veía en su límite más que un enemigo, cuyo dominio era su objeto: imposible era que la educación existiese siquiera en su infancia; pues que aquellas ideas no permiten el desarrollo de las que la constituyen y la desenvuelven.

La legislación, ese espejo de las sociedades que las revela á nuestros ojos con todos sus caracteres, con todos sus bienes, como con todos sus defectos, nos demuestra evidentemente el círculo tan estrecho y limitado á que en muchas épocas estuvo reducida la educación. Y tenía que ser así necesariamente. En los pueblos cuya política guerrera y conquistadora exigía formar ante todo excelentes soldados; en los pueblos en que el padre representaba, con exclusión de otra persona, la voluntad de la familia; en los pueblos en que se mataba á los hijos defectuosos, castigando de tan bárbara manera y en un inocente no un vicio sino una desgracia; en los pueblos en que la emancipación moral de la mujer nunca se realizaba, pasando del dominio del padre de familia al del esposo; en los pueblos en que el hijo era considerado como cosa, hasta el extremo de que el padre tuviese sobre él derecho de vida y muerte; en los pueblos en que se alimentaba tan inicuaente la anulación del hombre, considerando la esclavitud como base política y económica de la sociedad, la idea de la educación del hombre no había nacido ó se hallaba muy oscurecida; y cuando á esos mismos pueblos se les calificaba algunas veces de civilizados, se comete el mayor de los errores; podrán quizá ocupar un lugar entre las naciones cultas; pero darles aquel nombre es prostituir una palabra que encierra una de las ideas más grandes y más humanas.

La religión del Crucificado, que es evidentemente uno de los principales y el más fecundo gérmen de la verdadera civilización, esparció por toda la tierra los cimientos de la educación; y desde el instante en que fué una verdad, con el carácter de axioma, que el hombre tenía por complemento de sus deberes en el mundo las obligaciones para con Dios, la idea de la necesidad de cumplir los que tenían carácter tan sagrado, le persuadió á estudiarse y á conocerse en todas sus fases y en todas sus relaciones. Si la religión le enseñaba que tenía deberes que cumplir, y cuya omisión lo hacía responsable á los ojos de Dios y de la sociedad, claro es que se hallaba en la necesidad de estudiarlos, porque sin conocerlos difícil le sería cumplirlos. Hé aquí cómo aprendiendo el hombre con su inteligencia los deberes que le incumben, el desenvolvimiento de sus facultades morales le facilita la práctica de las virtudes, ayudado por el desarrollo del cuerpo; hé aquí esa triple educación necesaria al individuo; hé aquí, no tenemos decirlo, el fundamento en que puede legítimamente descansar la esperanza de la regeneración social.

Sí; el hombre, desde que nace, tiene un derecho claro como la luz del mediodía á exigir el apoyo de la sociedad, representado por sus padres: y en todas las épocas de su vida, así en la infancia como en la adolescencia, en la virilidad como en la senectud, la sociedad se halla obligada á prestárselo de esta ó de aquella manera, pero teniendo siempre en cuenta su doble naturaleza y el predominio del espíritu sobre la materia. La sociedad, que considerada, ya desde el punto de vista del derecho internacional, ya desde el punto de vista del derecho civil, ya bajo el aspecto familiar, no es más que una cadena cuyos eslabones perfectamente unidos se desatan con la falta de ligazón de solo uno, necesita para cumplir su obligación el apoyo de cada individuo, y no podrá alcanzarlo sino cuando la educación haya enseñado á aquel sus deberes.

Si las exageraciones sistemáticas han perjudicado siempre á toda opinión, no han dejado de causar grandes males á la educación entorpeciendo su marcha, como más de una vez lo han conseguido también con la libertad. La educación bajo sus tres formas, física, intelectual y moral no es la única causa del bienestar social; pero ha sido, es y será siempre la fuente de donde nazcan los más puros manantiales de la felicidad humana.

Compárense dos pueblos en distintos estados de civilización, y se hará palpable esta verdad. Léanse los Códigos del uno y del otro; en los del primero hallaremos que en derecho criminal rigen aun leyes bárbaras y crueles, cuya lectura repugna al corazón, y que es necesario sin embargo que allí estén escritas, porque aun no ha llegado para aquel país la época en que los deberes se aprendan con la razón, sino con el látigo. Allí veremos establecidas las penas del tormento, la de la vergüenza pública y la de azotes, y en sus establecimientos penitenciarios observaremos confundidos los asesinos con los delinquentes, y viviendo bajo el mismo techo el hombre y la mujer.

En el del segundo veremos deslindada perfectamente la criminalidad de los delincuentes, y sus leyes benignas nos demostrarán que los ciudadanos de aquel país dan á los padecimientos del alma más valor que á los del cuerpo; no encontraremos sino penas adecuadas á los delitos, y adoptado el gran principio de la moralidad de ellas, y al recorrer sus cárceles y sus presidios, no veremos el repugnante espectáculo de la unión de los criminales y de la confusión de los sexos.

En el Código civil de aquel no hallaremos el reconocimiento de los principios morales que sirven de base á la sociedad, mientras que en el de este los veremos respetados. En este encontraremos cimentado el matrimonio en el amor recíproco de los cónyuges, y en la igualdad de derechos de ambos; y nos asombráremos al considerar que en aquel un motivo tan vil como el interés es el fundamento en que descansa la primera y más importante de las instituciones sociales.

No se hallarán diferencias menos notables en el orden político; porque formado el ciudadano en el hogar doméstico, las ideas y los sentimientos de los gobiernos son el más vivo reflejo de las ideas y de los sentimientos de sus individuos; y el que en su vida privada ha sabido sobreponer á todas la idea de la virtud, la respetará en su vida pública. Las formas de gobierno no pueden ser arbitrarias; y si el acaso hace prevalecer una que no sea la adecuada á la civilización del país, no debe abrigarse el más ligero temor; su dominio será efímero, y la sociedad seguirá su marcha de perfección y de progreso.

La única causa pues que explica tan diversos modos de ser de los pueblos, es la educación: y con sentimiento creemos hallarnos aun muy distantes del más perfecto, porque todas las pretensiones se estrellan y serán irrealizables, mientras la sociedad no reciba el impulso que está llamada á darle la educación evangélica.

No cause temores esta idea, cuyos límites fijaré en breves palabras, porque algunos quizá habrán creído ver en ella deseos fanáticos, que rechazo de mí como de cualquiera otro. ¿Pido por ventura la ampliación de la muerte civil del individuo? No. ¿Pido el aumento de los claustros? No. Pido la observancia de un precepto sagrado en el que, en mi sentir, se halla basado el bienestar social, *sinite pueros ad me venire*, dijo Jesucristo; palabras que encierran en sí un tratado entero de política, y que hasta hoy no han penetrado en los oídos de la generalidad; idea en que se funda el progreso social, y cuya aplicación restringen muchas escuelas que se llaman liberales.

Sinite pueros ad me venire, dijo Jesucristo: y para la realización de este precepto en la tierra, instituyó el Sacramento que es base de la sociedad, el matrimonio: santificó y bendijo el enlace del varón y de la hembra, y colocó á los hijos bajo la protección de los padres, fundándola en el amor. La sociedad, que tiene derecho á exigir de sus asociados el cumplimiento de sus leyes, tiene la más sagrada obligación de velar por el ciudadano; pero el hombre, antes de adquirir este carácter, es hijo de familia, y en los padres reside el deber de dirigir su educación; deber sagrado, deber que se cimienta no en el precepto de la ley civil, sino en el de la ley moral; deber cuyo cumplimiento ensalza al hombre sobre los animales; deber cuya observancia ofrece el cuadro más encantador á los ojos de la sociedad y de Dios, y deber cuyo olvido degrada á los padres, como degrada á la humanidad.

La historia de todos los pueblos y de todos los siglos nos da á conocer la diversa manera con que en ellos se ha comprendido tan elevada obligación: y si recorriéramos una por una todas sus páginas, nos admiraría la variedad de nociones que el mundo ha abrigado en tan interesante materia, no siendo insignificante la divergencia que ha existido respecto de la persona encargada de cumplir el precepto evangélico. Por lo que hace á la primera cuestión, se ha creído en ocasiones preferente el desarrollo del cuerpo para disponer al joven á la guerra; y en otras, como ha sucedido siempre en las épocas que nosotros llamamos de cultura y decadencia, se ha preparado al hombre á la molición y á los placeres sensuales; y en cuanto á la segunda, en todas las épocas antiguas se ha creído que la obligación residía en el padre, que así en la familia como fuera de ella, absorbía y representaba los derechos de cuantos de él recibían su nombre.

La vicisitud más notable ocurrida en estas ideas de la sociedad al cristianismo. Concedidos á la mujer los mismos derechos que al hombre, su naturaleza, su alma, su sensibilidad y su santo amor á los hijos le otorgaron aun más de lo que el Evangelio le hubiera declarado; pero justamente compensados los derechos con las obligaciones, cuenta la madre dentro de la familia muchas de estas que el padre apenas conoce; obligaciones que la elevan á la altura de que es capaz la naturaleza humana, haciéndola el más perfecto tipo de belleza moral, cuando sabe cumplirlas, y que la constituyen en el ser más degradado y envilecido, cuando abandonando su

ejercicio labra la infelicidad de unos inocentes, cuyos vicios más tarde refluirán en daño de la sociedad.

¿Qué puede esperarse de la madre que no aprovecha en favor de sus hijos los dones que el cielo le concede? ¿Qué beneficios alcanzarán los hijos cuyas madres dadas al desenfreno y á los placeres se olvidan de que hay en el mundo quien tiene derecho á reclamar toda su atención y toda su existencia?

La que no sea buena madre, jamás será buena esposa, y al dictado de infame añadirá el de adúltera.

Este será el cuadro tan consolador que llegue á ofrecernos la sociedad, si la educación se abandona; porque si es siempre temible el dominio del vicio, con grandes elementos cuenta para entronizarse, cuando la cultura de un pueblo ha llegado á su total refinamiento.

¿Queréis atajar el mal y sembrar un elemento de bienestar social? Cread la mujer; formad su inteligencia; dirigid su corazón; educadla.

« Los geómetras, los guerreros, los químicos, y tantos otros, dice De Maistre, podemos nosotros crearlos; pero el hombre, esto es, el hombre moral, no se forma sino sobre las rodillas de su madre. Nada puede reemplazar esta educación; y si la madre se constituye en el deber de grabar sobre la frente de su hijo el carácter divino, esté segura de que la mano del vicio jamás lo borrará. » — Y no sin razón dice madama Bernier, « ¿cuál es la verdadera ciencia de la mujer? La moral; este es el solo estudio que le conviene, que le es necesario, y por el cual pueden ellas influir sobre la virtud de los hombres. »

La mujer, á quien ha dotado Dios de una sensibilidad más exquisita que la del hombre, y cuyo amor al bien es innato y poderoso, tiene en sí los elementos que contribuyen, ya que no constituyen el bienestar social; pero cuando esa sensibilidad y ese sentimiento se abandonan, degeneran en infecundos, ya que no se arrastren por el camino de la inmoralidad y del vicio.

El hombre, desde que nace, se halla sujeto á la influencia de la mujer. La madre le amamanta á sus pechos, y con el alimento que le da la vida, le trasmite sus ideas, sus afectos, sus vicios y sus virtudes. El desarrollo del niño se verifica lentamente á los ojos de la madre; reducido el comercio de su inteligencia al estrecho círculo del lugar doméstico, allí adquiere las primeras ideas, esas que jamás se borran del espíritu, y que la madre está encargada de comunicarle por la frecuencia en su trato. Ella no abandona al hijo hasta la edad en que su corazón se halle formado; y durante la infancia y la pubertad, aquel no será más que lo que quiera su madre, sobre todo, si lo dirige por el camino del bien, que Dios cuida de allanarle.

Triste es para la autora de su existencia física y moral tener que entregarlo á los brazos de la sociedad; pero llega el día en que el porvenir del hombre exige menos limitado campo, y que se lanza en el Océano de la sociedad sin brújula que lo dirija, sin timón que lo gobierne.

La edad de las pasiones en que el alma lucha incesantemente; en que las ideas se contradicen con los sentimientos; en que la prematura ambición pelea quizá con la virtud, se halla también agitada por la vibración de una cuerda del espíritu que trastorna su existencia: el alma siente por vez primera el amor, y nuevamente se halla el hombre entregado en brazos de la mujer. Edad febril y de funestas consecuencias en los países cultos, será manantial de grandes bienes si el hombre ha adquirido ya el conocimiento de sí mismo; y en esas borrascas que acompañan siempre á la juventud, espérese todo de la influencia de la mujer, porque á ella incumbe la saludable reacción. Seguid los pasos del hombre; llegareis con él al día en que la legítima realización de su amor le une á la que le dará el título de esposo y quizá el de padre, y lo vereis también dominado por la que con su instinto y su bondad le preserva de los males con su presentimiento, y le auxilia en la desgracia con sus consejos y con su ejemplo. Llega el hombre á la edad madura, é impotente su naturaleza para el amor, busca la amistad; pero este afecto no le satisface en un semejante, y se cree dichoso cuando lo halla en la mujer.

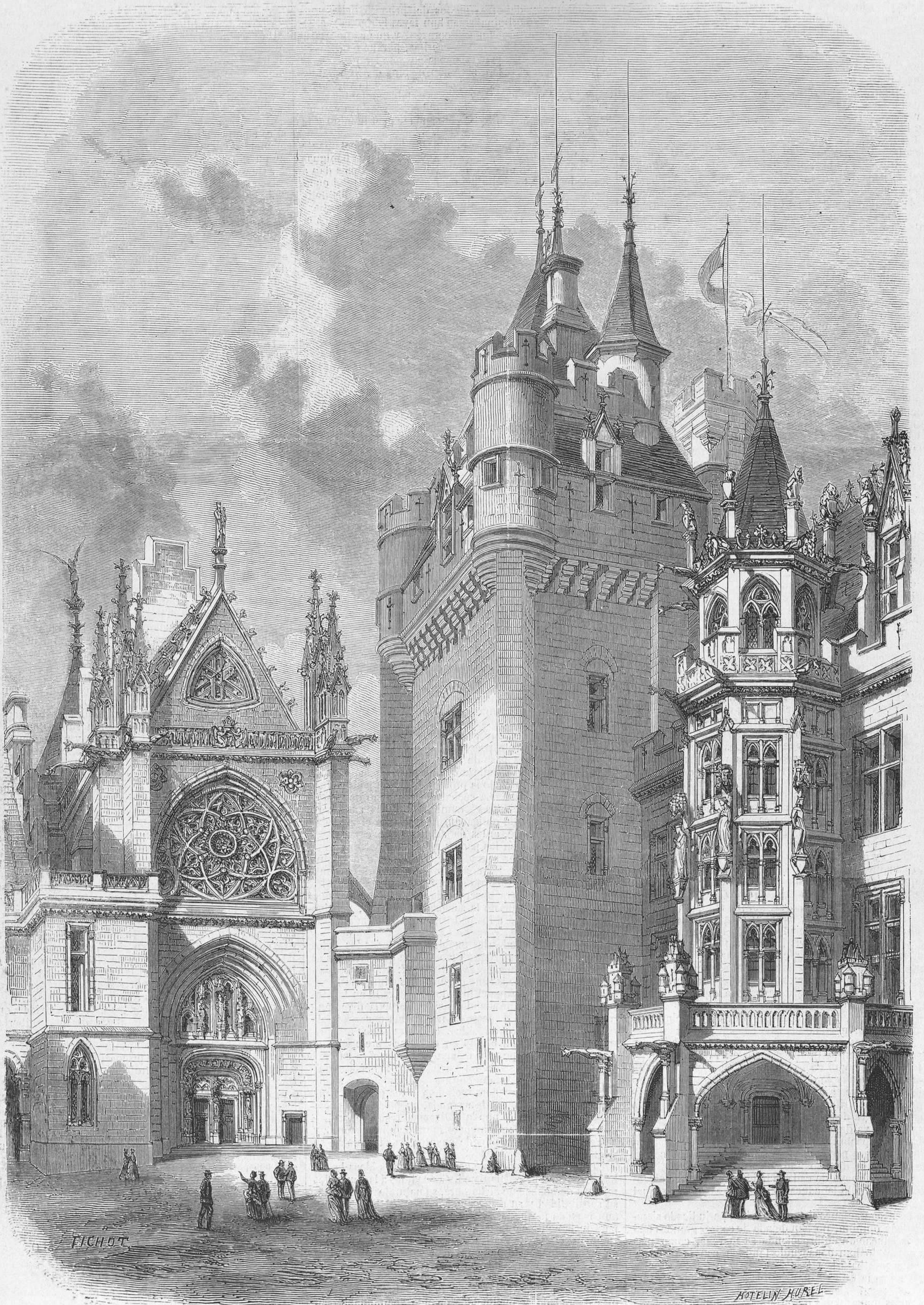
A ella le debe el hombre su vida, ante ella se desarrolla: á ella abre su corazón, y de él lo hace dueño. El hombre vive identificado con la mujer en todas las épocas de su vida, y las costumbres sociales serán siempre hijas de la educación de ella.

¿Queréis progresos y pedís adelantos? No olvideis que es ley constante en el mundo que cada nueva libertad exige en compensación una nueva virtud, y que cada nuevo derecho lleva consigo un nuevo deber.

¿Os halaga la idea de la propia felicidad? Sabed que educando á vuestros hijos, trabajáis mucho á favor vuestro.

Si os interesa algo la suerte de las generaciones futuras, y deseáis el bien de la humanidad, que camina hácia un porvenir presentido, aunque no formulado, tened presente que dentro de vosotros existe el gérmen de la civilización: que la educación forma al hombre, y que la sociedad es el caos, cuando los deberes no hablan alto á la conciencia. Otorgad á la mujer lo que de derecho le pertenece, y cuando dudeis de la benéfica y salvadora influencia de su virtud, recordad los inmortales nombres de Virginia y de Juana de Arco, de Lucrecia y de María de Molina.

J. L. RETORTILLO.



RESTAURACION DEL CASTILLO DE PIERREFONDS. — Torreon y capilla del castillo.

El castillo

DE PIERREFONDS.

Diferentes veces hemos hablado ya en nuestro periódico del célebre castillo de Pierrefonds.

Después de haber echado una ojeada general á esa majestuosa fortaleza gótica, tipo del arte arquitectónico de la edad media, llevamos al lector al salón de las armaduras, curiosa colección de armas antiguas, perteneciente al emperador y procedente en gran parte del gabinete Soltykoff. Luego visitamos sus formidables torres, cada una de ellas con un nombre de héroe, y su torreón mucho más formidable todavía.

En este número damos una vista interior del castillo, vista que representa el torreón con su escalera de honor y la capilla, cuya obra principal se encuentra terminada actualmente.

Cuando se emprendió la restauración de esta capilla, no había más que unos restos informes. El arquitecto tan hábil como erudito de Pierrefonds, M. Viollet-le-Duc, la ha reedificado con un cuidado y una ciencia admirables, y hoy la vemos tal como se vió en el tiempo del esplendor de sus señores.

La reconstrucción de esta capilla completa el trabajo de restauración del castillo, de cuyo modo se ha alcanzado el objeto que indicaba M. Viollet-le-Duc, cuando al empezar las obras, decía: «Tenemos demasiadas ruinas en Francia, y las ruinas, por pintorescas que sean, no pueden dar cabal idea de lo que eran las habitaciones de los señores mas ilustrados de la edad media, amigos de las letras y las artes y poseedores de riquezas inmensas. El castillo de Pierrefonds restablecido en su totalidad, dará á conocer aquel arte á la vez civil y militar que, de Carlos V á Luis XI, era superior



Busto del alférez Wagnon, erigido en la escollera de Puerto-Said (Véase pág. 41.)

á todo lo que se hacia entonces en Europa.»

Echando una mirada á nuestra lámina se verá que la nueva capilla es del mas puro estilo gótico del siglo XV.

Bajo el tímpano de la puerta principal figuran san Dionisio y sus compañeros. En el entrepaño deben poner un san Juan Bautista; á la izquierda de la puerta, Valentina de Milan y á la derecha Luis de Orleans, que en los primeros años del siglo XV sentó los cimientos del segundo castillo de Pierrefonds, cuyas espléndidas construcciones costaron tan caras al pobre pueblo. Una estatua de la Virgen corona el edificio por la parte de la fachada, formando juego con un san Miguel, que se halla en el lado opuesto. Esta última estatua ha costado 15,000 frs.

Los trabajos de ornato interior que no están aun concluidos, serán dignos de la magnificencia del castillo restaurado. Apuntaremos aquí una particularidad interesante: el santuario está protegido por dos bóvedas sobrepuestas. No olvidemos que el castillo de Pierrefonds es una fortaleza. A la izquierda al entrar, y al nivel de la galería que cae á la nave, está la tribuna imperial que, por medio de un pasillo, comunica con el torreón que es la habitación señorial de Pierrefonds.

Este torreón se compone de un vasto cuadrilátero que flanquean por tres de sus ángulos, la torre Carlomagno, la torre César y la torre Cuadrada. La escalera de honor (véase nuestro dibujo), está por la parte de la torre Cuadrada y en la misma línea. Por esta escalera se llega á los tres pisos de salas del torreón. Tres salas hay en cada piso, una inmensa y las otras dos mas pequeñas. Los cuartos de dormir ocupan las torres y son redondos. El ornato de estas habitaciones es muy lujoso: no se ve mas que pinturas, entarimados esculpidos,



Celebración de la misa en el hospicio de los sordo-mudos de Paris.

ventanas con vidrieras de colores. Las armas del príncipe Luis de Orleans alternan allí con las del Imperio.

El peristilo de la escalera de honor, no tuvo en el principio, según las conjeturas de M. Viollet-le-Duc, el desarrollo monumental que debía tener posteriormente. « La escalera principal, dice, tenía delante por el patio un ancho peristilo y un pórtico y desde allí el señor y sus principales oficiales podían dar sus órdenes á la guarnición reunida en el patio. La posición de este peristilo debió modificarse, y sin duda en su origen fué un terrado, con una escalerilla de lado. »

M. Viollet-le-Duc ha reproducido en su obra las disposiciones que señala en las anteriores líneas.

C. P.

Celebración de la misa

EN EL HOSPICIO DE LOS SORDO-MUDOS DE PARIS.

Publicamos en este número un dibujo que representa la celebración de la misa en el hospicio de los sordo-mudos de Paris. Uno de los sordo-mudos dirige un discurso á sus compañeros del filantrópico establecimiento, muy comprensible por medio de la gesticulación. Parece ser que el orador-mudo es un prodigio de lógica y de pasión: arranques oratorios, persuasión, terror, ternura, nada le falta, según dicen; el auditorio se extasiaba ó lloraba con sus bellas frases y á todo esto no se oía una sola palabra, ni el más ligero ruido. La escena nos ha parecido bastante interesante para que la consagremos un dibujo.

R. L.

Revista de Paris.

El gran acontecimiento de la semana ha tenido por teatro la sala del tribunal de Assises. Por fin llegó el día deseado en que terminada la voluminosa instrucción á que han dado margen los crímenes de Troppmann, ocho asesinatos, esto es, la destrucción de una familia entera, se han abierto los debates de la célebre causa. Fácil es figurarse el afán con que los parisienses de todas las categorías, de todas las clases, han buscado el modo de introducirse en la audiencia que, desgraciadamente para su curiosidad, tiene dimensiones muy limitadas. No llegan á doscientos los puestos disponibles, y parece ser que el presidente del tribunal, M. Thevenin, ha recibido la friolera de quince mil peticiones de billetes.

Casi desde el amanecer las inmediaciones del Palacio de Justicia se hallaban llenas de gente. A las nueve se abren las puertas, y aquella multitud se precipita para tomar por asalto el reducido local reservado al público; pero los guardias municipales tenían bien tomadas sus precauciones, y después que hubieron entrado las pocas personas que de pie y bien apiñadas caben en el recinto, cortaron la oleada invasora y diseminaron como pudieron á la inmensa multitud que, sin darse por vencida, anduvo rodando todo el día por el inmenso salón que llaman de los Pasos Perdidos.

En cuanto á los privilegiados, los que tenían billetes, también debieron apresurarse, y permanecer de plantón un par de horas antes de que apareciera el acusado.

Veíanse allí, como ya hemos dicho, notabilidades de todos los círculos parisienses: si fuéramos á citar nombres, daríamos aquí la misma lista que cuando se trata de alguna función notable en un teatro. La política, la literatura, las artes, la alta banca, tenían allí sus representantes, y hasta el mundo de la moda los tenía también, pues había señoras elegantes que no habían desdeñado los perfumes de Guerlain ni las sales inglesas como antídotos contra los efectos y emociones del espectáculo.

Por ejemplo, las piezas de convicción ofrecen un cuadro doloroso y repugnante.

Allí se ven los instrumentos que sirvieron para cometer los asesinatos y para abrir la fosa en donde Troppmann enterró á sus víctimas; los papeles de la familia Kinck que hallaron sobre la persona del criminal cuando le prendieron en el Havre; las ropas ensangrentadas que dejó en un armario de la fonda que habitaba junto á la estación del ferro-carril del Norte; y por último, los vestidos de todos los individuos de la infeliz familia desenterrada.

A eso de las once se instala el tribunal, y el presidente da la orden de que introduzcan al procesado.

Con efecto, Troppmann aparece entre seis gendarmes, é inmediatamente todos los gemelos se fijan en su persona.

Mentira parece que un joven de veinte años, corto de estatura, delgado, casi endeble, haya tenido valor y sobre todo fuerza bastante para cometer tamaños crímenes.

Troppmann sin inmutarse sufre aquel examen, después de hacer un saludo con una serenidad que indica en él una sangre fría imperturbable.

Viste el mismo traje con que le prendieron: un paletó de

color de castaña muy usado, corbata y chaleco negro.

Ahí está pues delante de la justicia, el que durante tantos meses ha sido el horror de la Europa.

La lectura de la acusación fiscal dura más de una hora, y en este largo documento nada encontramos que no sepan ya nuestros lectores.

Para la acusación no cabe duda alguna: Troppmann solo ha cometido los ocho asesinatos con el fin de apoderarse de la fortuna de la desdichada familia que exterminaba.

Troppmann escucha impasible esta lectura que conmueve y horroriza á todo el mundo, porque, en efecto, es cosa inusitada en los anales judiciales semejante sucesión de crímenes acompañados de tan horribles pormenores.

Inmediatamente después se llama por lista á los testigos. Allí aparecen los parientes de Juan Kinck; Langlois, el labrador que descubrió en Pantin la sepultura de las víctimas; el gendarme Ferrand y el calafate Hauguel, cuya presencia inspira un movimiento de simpatía en el auditorio: sesenta y tres son los testigos llamados á declarar en tan famosa causa.

El presidente del tribunal empieza el interrogatorio de Troppmann que, después de haber confesado sus crímenes durante la instrucción de la causa, inventa ahora un sistema de defensa, el cual consiste en acusar de todo á unos cómplices que no quiere nombrar, por razones que también se reserva.

Ya sabemos por las primeras noticias que se dieron acerca de estos crímenes, que Troppmann supuso que el padre de la familia, Juan Kinck, había sido el autor de los asesinatos; después se retractó y dió indicaciones á cuyo beneficio se ha podido encontrar el cadáver de Juan Kinck, según dijimos á su tiempo á nuestros lectores.

Ahora Troppmann explicando de otro modo lo que ha declarado anteriormente, dice que Juan Kinck pasó á la Alsacia con objeto de establecer allí una fábrica de moneda falsa, que él le acompañó, y que caminando juntos hacia Cernay, encontraron á unos asesinos que le obligaron á ser su cómplice.

Y sin embargo, como le dice el presidente, solo él se lleva el reló de Kinck, su dinero, sus valores en papel; de nada se apoderan pues los verdaderos asesinos.

Además, su declaración del 23 de noviembre al señor procurador imperial, no puede ser más categórica.

Entonces dijo que habiendo salido de Watwiller con Juan Kinck, tomó una botella de vino en la cual habla mezclado ácido prúsico; que dió de beber á su desdichado compañero cerca del antiguo castillo de Harrenfluth; que aquella bebida causó su muerte instantánea, y que luego él le enterró en el sitio donde ha sido hallado, gracias á sus indicaciones.

Pues bien: todo esto lo contradice ahora. Declara que mentía entonces, y echa toda la culpa á los tres cómplices que cometieron aquel asesinato y todos los demás de esta horrosa tragedia.

Troppmann afirma que conoció á aquellos tres hombres en 1868, en ocasión en que estaban cometiendo un robo; que le amenazaron si les denunciaba, y después le dieron parte del proyecto que tenían, que era el de matar á Juan Kinck. Sus nombres no puede decirlos; pero añade que se encontrarán en una cartera que él mismo enterró cerca del cadáver, y que la policía no quiere buscar, para que él solo cargue con la pena.

El uno de ellos tiene treinta y dos años, el otro cuarenta y el otro veinte y seis.

Troppmann se niega á decir qué personas les han visto juntos, y en qué localidades se ha encontrado con ellos.

El presidente rechaza con energía esta inverosímil suposición de los cómplices, inventada á la última hora.

— No sois el primer criminal, le dice, que para atenuar el horror de sus actos inventa cómplices misteriosos. No, no hay tales cómplices. Vos solo habeis envenenado al pobre Kinck, y luego le habeis robado y enterrado. Solo vos habeis cometido aquel crimen y todos los demás, y si vuestros cómplices existieran, de otro modo muy diferente se habrían conducido.

Y el señor presidente califica de increíble novela la suposición de los cómplices, novela desmentida por todo lo que se sabe, por todo lo que se ha visto, por los actos todos del acusado, y finalmente, por el examen médico-legal encomendado á los peritos relativamente al ácido prúsico fabricado por Troppmann y bebido por Juan Kinck en medio de un camino solitario.

Prosiguiendo la relación de los asesinatos, sigue el de Gustavo Kinck (17 de setiembre).

El joven llega á Paris deseoso de abrazar á su padre, y encuentra la muerte, una muerte alevosa.

El 23 de noviembre Troppmann declaró al juez de instrucción que había esperado á Gustavo en el camino de hierro, que le había llevado al campo de Pantin, que le había herido de una puñalada en la espalda, y luego le había hecho otras muchas heridas, después de lo cual le había robado y enterrado.

— Mentía entonces, dice Troppmann con un laconismo repulsivo.

Y añade que era verdad que él había comprado el instrumento del crimen, como lo declara el que se le vendió; pero fué para sus cómplices.

— ¿Y qué haciais durante el asesinato?

— Nada: me volví á Paris; no estuve presente sino cuando robaron á Gustavo.

El día siguiente compra una pala y azada mayores que las que sirvieron para enterrar á Gustavo, porque ahora se trataba de abrir una fosa para toda una familia; pero siempre por orden de sus cómplices, y por supuesto, sabiendo muy bien el uso á que se destinaban.

Troppmann declara que para atraer á la señora de Kinck al campo de Pantin, la dijo que su marido había comprado allí una casa.

— ¿Qué sucedió, pues? le pregunta el presidente.

— Mis cómplices, responde Troppmann, la asesinaron á ella y á sus hijos; yo quise salvar á la niña menor; pero no lo permitieron. Quise defenderla y me hirieron en la mano.

Hé aquí ahora lo que declaró el 13 de noviembre.

Dijo que había herido á la madre de una cuchillada por la espalda y que después se había encarnizado sobre su cadáver. Luego acabó con los cuatro hijos del modo horroroso que sabemos.

— Todo eso es mentira, dice Troppmann. ¿Cómo un hombre solo habría podido cometer á la vez tantos asesinatos?

— La acusación os dirá, responde el presidente, que la agilidad que habeis desplegado y vuestros terribles golpes han podido permitir os cometer solo esos crímenes. No ha habido señales de lucha: vuestras víctimas han caído en un lazo. El vigilante de la fábrica inmediata oyó los gritos: ¡Mamá! ¡Mamá! eso fué todo, porque todo se concluyó en un instante. También ladraron los perros; mas como los gritos cesaron inmediatamente, se callaron.

— Pero ¿cómo quereis, exclama Troppmann, que yo haya podido manejar con tanta facilidad esa pesada azada?

— Los médicos que os han examinado, han reconocido que sin ser de una fuerza superior, estais dotado de una agilidad extraordinaria. Habeis sido mecánico y tornero, y no se equivoca vuestra vista en punto á precisión.

Hé ahí lo más notable del interrogatorio de Troppmann.

Todo lo dicho hasta hoy, es pura falsedad: él no ha asesinado á nadie, sino que ha tenido la desgracia de encontrarse con una partida de asesinos que han sabido comprometerle poniéndose ellos á salvo.

En cuanto á la escapatoria del Havre, después de los crímenes, Troppmann explica que salió de Paris para aquel punto en donde le esperaba uno de sus cómplices.

El otro le acompañaba.

Todo cuanto se ha contado de lo que dijo é hizo en el Havre es pura invención: Troppmann está resuelto á aplicar en todo y por todo su sistema de denegaciones.

El señor presidente le recuerda su fuga ante el gendarme Ferrand y su tentativa de suicidio cuando se tiró al agua, de donde la sacó un ciudadano valeroso, el calafate Hauguel.

— Yo estaba desmayado, dice Troppmann; sin eso me habría ahogado.

No sabemos aun el veredicto del jurado, porque escribimos esta reseña al finalizar la primera audiencia: por consiguiente hasta la semana próxima no podremos decir á nuestros lectores el previsto desenlace.

Apenas nos queda espacio para hablar de las funciones teatrales de la semana, no menos abundante en novedades que las anteriores desde el principio de la temporada. Sin embargo, hay una de ellas que reclama nuestra atención particularmente, y es la ópera de Auber en tres actos, titulada *Sueño de Amor* que acaba de estrenarse en la Ópera Cómica.

Hace años ya que Auber, el célebre Auber, ha caído en desgracia. Cada nueva partitura de este fecundo maestro se recibe con un desagrado tan marcado por parte del público como de la prensa.

— ¿Cuándo deja de escribir? se preguntan con sorpresa y disgusto los parisienses.

Esto nos hace comprender cuán acertado estuvo Rossini al cesar de escribir para el teatro después del *Guillermo*, pues seguramente la generación actual habría arrojado sobre sus obras el mismo anatema.

Con efecto, Auber, en su avanzada edad, no ha perdido á nuestro juicio, ninguna de las cualidades esenciales de su talento.

En sus producciones actuales observamos la misma espontaneidad, la misma claridad y ligereza que en aquellas que le dieron tanta fama, *Fra Diavolo*, *los Diamantes de la Corona*, etc.; es siempre el mismo compositor de tendencias italianas, amante de la melodía y por consiguiente contrario á lo que hoy preconiza la nueva escuela de los Gounod y Ambrosio Thomas, que sacrifican la voz á las combinaciones armónicas, escuela fatal en nuestra opinión, pues ha producido la música de Offenbach como un antídoto, como un reactivo violento. Si la ópera cómica no hubiera perdido su carácter distintivo, no se habría sentido la necesidad de esa escuela bastarda llamada bufa que tan claramente acusa la decadencia.

Bajo este concepto, no se extrañará que persistamos en tributar nuestros elogios al compositor que continúa la antigua tradición y que aplaudido hace veinte ó treinta años, es desdeñado en la actualidad, porque no ha cambiado con el gusto de los parisienses.

El libretto de *Sueño de Amor*, escrito por MM. de d'Ennery

y Cormon, encierra un verdadero argumento de ópera cómica.

Un jóven aldeano llamado Marcelo, encuentra una vez al caer la tarde á una hermosa jóven dormida al pié de un árbol y poseído de admiración estampa en su megilla un dulce beso.

¿Quién era la bella y descuidada durmienta?

Enriqueta de la Roche-Villers, jóven rica y noble, muy orgullosa, que con sus desdenes hace amarga la vida de su primo el caballero de Bois-Fleuri.

Enriqueta recuerda aquel beso furtivo que la despertó de su sueño, pero á tiempo que su admirador no se hallaba ya al alcance de su vista para poder reconocerle.

Marcelo, sin embargo, va á casarse con su prima Dionisia: hé aquí la boda rústica, con el notario, la música, los alegres convidados campestres, cuando de repente se presentan á disfrutar de la fiesta los habitantes del palacio y entre ellos Enriqueta.

¡Terrible aparición! Marcelo que ve por primera vez al cabo de dos años á la vision de su sueño, abandona á su novia en aquel momento solemne, sin pensar en la desesperación de la pobre Dionisia, que le ama con un amor entrañable y que morirá si le ve casado con otra.

Afortunadamente todo se arregla.

Marcelo sabe quién es Enriqueta y para hacerse digno de obtener su mano, sienta plaza con la esperanza de conquistar la charretera.

Ahora bien, su sacrificio no era necesario: el caballero de Bois-Fleuri para castigar la soberbia de su prima la descubre el origen de su nacimiento: Enriqueta no es hija del marqués de Rocher-Villers, sino hermana de Dionisia.

Esta complicación precipita el desenlace.

Enriqueta compadecida de la pobre Dionisia que se muere de amor por Marcelo, se resigna al sacrificio de su pasión platónica y ofrece su mano al caballero de Bois-Fleuri, en tanto que Marcelo con su uniforme de capitán se casa con Dionisia.

Auber estaba aquí en su elemento, y así sucede que la partitura de *Sueño de Amor* se distingue por un colorido característico. Todo lo que se presta á la melodía fácil y sencilla está expresado felizmente. La pieza principal es un terceto de carácter cómico:

¿Quién debe ser el amo
En un buen matrimonio?

Sainte-Foy, Mlle. Girard y Capoul están inimitables en la ejecución de este precioso terceto.

La empresa no ha descuidado nada en punto á trajes y decorado para el mejor lucimiento de esta nueva ópera de Auber, que los admiradores de su talento se prometen no será la última.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

OFRENDA DEL POETA.

No te daré del Oriente
Suelos chales, ricas sedas,
Ni coronas de esmeraldas,
Ni largos lazos de perlas:

Mas coronaré tu frente,
Blanca como la azucena,
De hermosos lirios del valle,
De jazmines y violetas.

Te contaré, vida mía,
Cien delicadas leyendas,
Para conciliar tus sueños
En tus horas de inocencia,

¡Qué bello será escuchar
De un trovador las querellas
En las noches del estío
Y en sus tardes pintorescas!

¡Qué bello, cuando en el mar
Las olas gimen apenas
Y la luna solitaria
El firmamento pasea!

¡Oh! ven á mí, dulce dueño
Y verás como el poeta

Sabe amar como ninguno
Y hace verdad lo que sueña.

Lazos de amor, esperanzas,
Historias caballerescas,
Himnos, guirnalda de flores,
Suspiros, trémulas quejas;

Y una lira solitaria
Que tiene amorosas cuerdas...
¡Todo, ángel de mis ensueños,
Todo te ofrece el poeta!

Así cantó el trovador
Al pié de las negras rejas:
Y el viento llevó el suspiro
De sus sentidas querellas.

Á MARÍA.

Ante tu altar postrado, dulcísima María,
Vengo á implorar amparo, vengo á pedir merced:
¡Tú eres la fe de mi alma, tú eres mi luz, mi guía!
Por eso en mis dolores te invoco, madre mía;
Por eso arrodillado me miras á tus piés.

Del mundo en los azares, revuelto torbellino
Dónde sucumbe á veces herido el corazón,
A cada paso, oh madre, que he dado en mi camino,
Yo siempre te he confiado mi suerte y mi destino:
Hoy, madre mía, vengo para decirte ¡adios!

Hoy, madre, como entonces, invoco tu ternura
De hinojos prosternado en tu sagrado altar;
Recuerda que eres madre clemente como pura,
Recuerda que á tu sombra la débil criatura
Segura senda lleva si tu favor le das.

Me lanzo al mar: ¡quién sabe la suerte que me espera!...
Acaso, de las ondas triunfante mi bajel,
Me deje de mi patria en la gentil ribera;
¡Ó acaso, destrozado por la tormenta fiera,
Perdido en la borrasca, sucumbiré con él!

¡Quién sabe! ¿A quién es dado romper el denso velo
Si en sombra impenetrable se cubre el porvenir?
¡Oh madre, pueda al menos en mi ferviente anhelo
Alzar plegaria humilde, volver mi vista al cielo,
Y pronunciar tu nombre bellissimo al partir!

Vela por mí en el viaje que sobre el mar emprendo,
Aparta de mi nave la tempestad cruel:
¡No sea que irritadas las olas sacudiendo
Me hiera y amenace en su furor tremendo!...
¡Oh madre, de sus iras defiende mi bajel!

¡Lleva á las playas patrias mi nave, oh madre mía,
Bajo el amparo santo de tu inmortal favor!
¡Tú eres la fe de mi alma, tú eres mi luz, mi guía:
Por eso á tus altares, dulcísima María,
Vengo á pedirte amparo, vengo á decirte adiós!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

Buenos Aires, enero 1868.

El istmo de Suez.

(Conclusion.)

El bazar de Suez es una de las cosas mas curiosas de la población vieja, es una reunion de tiendecillas que encierran un océano de riquezas. Las pedrerías, las alhajas de oro y plata, las alfombras, las piezas de tela de algodón de setenta codos, las chechias comunes de Tunez, los haiks finos, las zapatillas de Fess, los pañuelos, las sillas de montar bordadas de oro y adornadas con pedrerías, los sables y las escopetas, todas las esencias conocidas de rosa, de alelí, de azafran, de almizcle, de incienso, etc.; el *koheul*, el *henné*, los tabacos de Esmirna y de Constantinopla, las pipas de todas las fábricas orientales, los huevos y las plumas de avestruz, todo esto amontonado, regateado, vendido y comprado en

medio de una algarazca indescriptible. Los acentos guturales de la lengua árabe se mezclan con los ladridos de los perros y los rebuznos del asno. Sin embargo, el oído europeo se acostumbra á esa cacofonía, y todas esas te-las abigarradas, en cuya trama descuellan la plata y el oro, esas pedrerías, esas armas que reflejan las trasparencias de la luz oriental, esa reunion de harapos fe-lahs tan pintorescos, confundiendo con los anchos pantalones armenios, la chaqueta bordada del griego ó la falda de seda y las zapatillas de terciopelo de una elegante de haren, ese kaleidóscopo oriental nos admira y nos deslumbra. Siente uno como una fascinación, una impresión á cuyo impulso querría uno comprar de todo un poco.

La importancia del bazar de Suez seguirá necesariamente el poderoso incremento que dará á la ciudad el canal marítimo.

La ciudad de la sed está ya trasformada. El genio moderno invade las construcciones; la parte pintoresca se perderá; pero será en beneficio del bienestar comun.

Sin embargo, ¿está probado que las trasformaciones ejecutadas por la compañía en la ciudad y en la rada de Suez, hayan atenuado el interés pintoresco del panorama que presentaba la antigua ciudad egipcia? No lo creo; mas evidente parece lo contrario.

Segun se puede distinguir en el dibujo á vista de pá-jaro que damos de Suez, la masa negra-violeta del gran Djebel Attaka, sigue destacándose sobre la izquierda, bañando sus últimas ondulaciones en el Mar Rojo. Al Norte y al Oeste de la ciudad continúa extendiéndose esa llanura gris de arena, que por un débil declive baja hasta la orilla. El casquijo abunda todavía, y como en otro tiempo, las conchas abundan y se amontonan en la playa que corre entre la ciudad y el Attaka. Todo el llano está surcado por cauces de torrentes que vienen, al parecer, del valle en el cual está situada la carretera.

Las montañas del Attaka, muy abruptas por el lado de Suez, están formadas de un calcáreo compacto que presenta señales muy singulares de descomposición en las angostas gargantas por donde se escapan, cuando hay tormenta, los torrentes que arrastran consigo fragmentos de roca. La misma roca, que mantiene viva el roce de las materias que llevan las aguas, ha conservado otra apariencia; es muy dura y aparentemente pertenece á la formación geológica de que han salido las piedras empleadas en la construcción de las pirámides, y que se sacaron de las canteras del Cairo, situadas en la orilla derecha del Nilo. Han servido mucho para las obras ejecutadas en Suez.

En la orilla asiática, á la otra parte del Mar Rojo, se extiende una vasta llanura, ligeramente ondulada y compuesta de arena y casquijo. Esta llanura dominada en último término por los montes de Siria, se eleva algunos metros sobre el nivel del mar y en ninguna parte ofrece señales de conchas. Al través de este llano se dibuja la curva de salida del canal marítimo, que en ese punto tiene 80 metros de altura y cuya entrada se halla protegida por la escollera Este. El canal, que se abre en abanico, tiene una anchura de 300 metros y una profundidad de 9 metros.

Entre la ciudad y la rada que forma el canal marítimo, se eleva, á 3^m, 36 sobre el nivel del mar á marea baja, el terraplen creado por la Compañía, y sobre el cual han construido oficinas, almacenes y talleres de reparación para el material. En medio de estas construcciones están el dique de carena y el gran puerto Ibrahim: el primero no le cede en nada á los mejores de los arsenales de Europa, y en cuanto al puerto, está bien protegido de los vientos por el dique de 4 kilómetro de largo, que une el terraplen con la tierra firme y con el tajamar, cuya boca está á 800 metros.

Un ferro-carril á la ciudad prolonga este dique cuyos materiales de construcción se han arrancado al mar mediante el trabajo de las dragas. El terraplen de Suez se considera hoy como una de las mejores estancias del istmo. La temperatura es mas tolerable que en otras partes, y ya se empiezan á ver algunos plantíos.

Es probable que dentro de poco la población marítima saldrá de Suez y se instalará en el terraplen que forma en la rada como una inmensa coma vuelta.

Al Este, y separado por un brazo de mar, se eleva, en medio de las lagunas, el campamento de la Cuarentena.

El último término del panorama se confunde, en el Norte, en un matiz de un azul vaporoso formado por las alturas del Djebel-Genefé, á cuyo pié pasa el canal de agua que alimenta á Suez.

Hé ahí pues la aldea, casi desierta en otro tiempo, donde hasta las serpientes se morían por falta de agua, convertida, gracias á la concepción grandiosa de M. de Lesseps, en una ciudad próspera. Los vapores de la India y de la Australia, de la Compañía peninsular y oriental, llegan dos veces al mes á su rada. Las Mensajerías imperiales de Francia han organizado en su puerto un servicio idéntico. Las correspondencias de la India, del mar Pacífico y de Europa, se cambian en esos muelles. Los botes de esos vapores, las embarcaciones de los buques de guerra, las lanchas pescadoras, los barcos de cabotaje del mar Rojo, que en su forma se parecen todavía á la antigua galera, surcan incesantemente las aguas de esa hermosa rada, bañada por los esplendentes rayos del sol oriental.

La Compañía peninsular y las Mensajerías imperiales han plantado las banderas inglesas y francesas en los muelles de Suez. Esas banderas indican á la marina del mundo entero que el camino del istmo es una vía nueva, una vía que hace ganar tiempo y oro. *Time is money*, sobre todo cuando las horas consumen carbon.

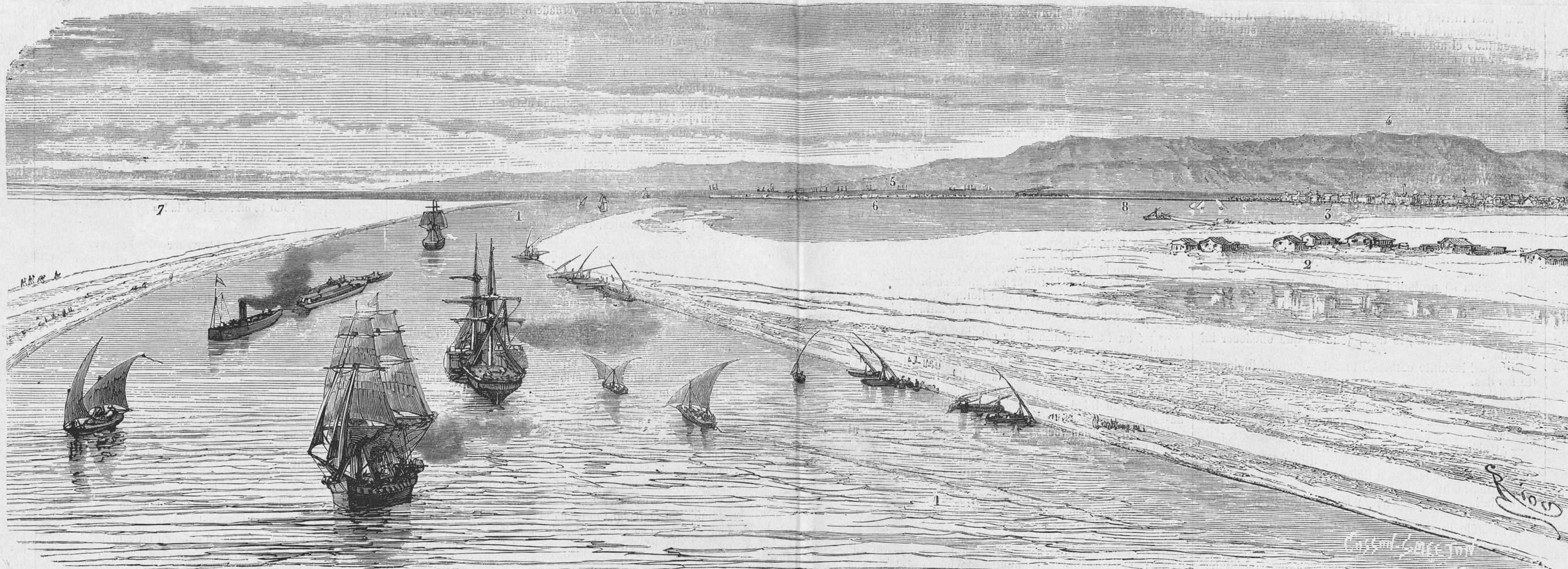
Las Compañías calculan perfectamente. Mejor que nadie saben que el canal de Suez abreviará de este modo el camino marítimo del extremo Oriente:

4,300	leguas para Constantinopla.
3,800	— Malta.
3,600	— Trieste.
3,300	— Brindisi.
3,300	— Génova.
3,000	— Marsella.
3,000	— Cádiz.
3,000	— El Havre.
2,800	— Amsterdam.
2,800	— Burdeos.
2,800	— Lisboa.
2,800	— Liverpool.
2,808	— Londres.
2,800	— San Petersburgo.
2,700	— Nueva Orleans.
2,400	— Nueva York.

Nada mas elocuente que las cifras, y por lo tanto no insistiremos en las ventajas del canal de Suez. Esta elocuencia ha convertido ya á los peregrinos musulmanes que, para ir á la Meca ó para volver, toman todos el ferrocarril de Suez á Ismailia. Una vez abierto el canal, el transporte de peregrinos no dejará de ser provechoso á la Compañía.

Sabido es que consideran la visita á la tumba del profeta como una práctica de institución divina, obligatoria para todo musulmán. Ningun creyente, hombre ó mujer, puede dispensarse de hacerla, y únicamente se libran mediante algunas compensaciones, los demasiado pobres, los locos, los impotentes y las mujeres sin protección.

La caravana del Oeste de Africa, que parte todos los años, y que hasta ahora iba embarcada á Alejandría para pasar á Suez, tomará en lo sucesivo el camino de Puerto-Said y del istmo, menos largo y costoso. Todos los mahometanos de la Turquía de Europa, y hasta una gran parte de los que pue-



EMBOCADURA DEL CANAL MARÍTIMO EN SUEZ.

1. Canal marítimo. — 2. Campamento de la cuarentena, ribera africana. — 3. Suez. — 4. Montaña de Attaka. — 5. Rada de Suez: fondeadero de los vapores de la India y de la China. — 6. Terrenos quitados al mar por la compañía de Suez: futura ciudad de Suez. — 7. Desierto de la ribera asiática. — 8. Ferrocarril entre la ciudad y las obras.

tros ingleses las ventajas del proyecto. Durante veinte y cinco años se impuso la tarea de salir de Londres con despachos para la India, de atravesar el istmo de Suez y de hacer hasta Calcuta la competencia á la mala de la poderosa Compañía. Casi siempre llegaba antes que los buques de la posta. Y en todo ese tiempo el desden de las autoridades inglesas fué la única contestación á sus laudables esfuerzos.

Waghorn no tenia á su disposición mas que un vaporeillo con el cual luchaba en velocidad contra los poderosos buques de la Compañía de la India. El agente consular que representaba entonces á la Inglaterra en Egipto, se mostró siempre muy hostil y altanero contra su generoso y perseverante compatriota.

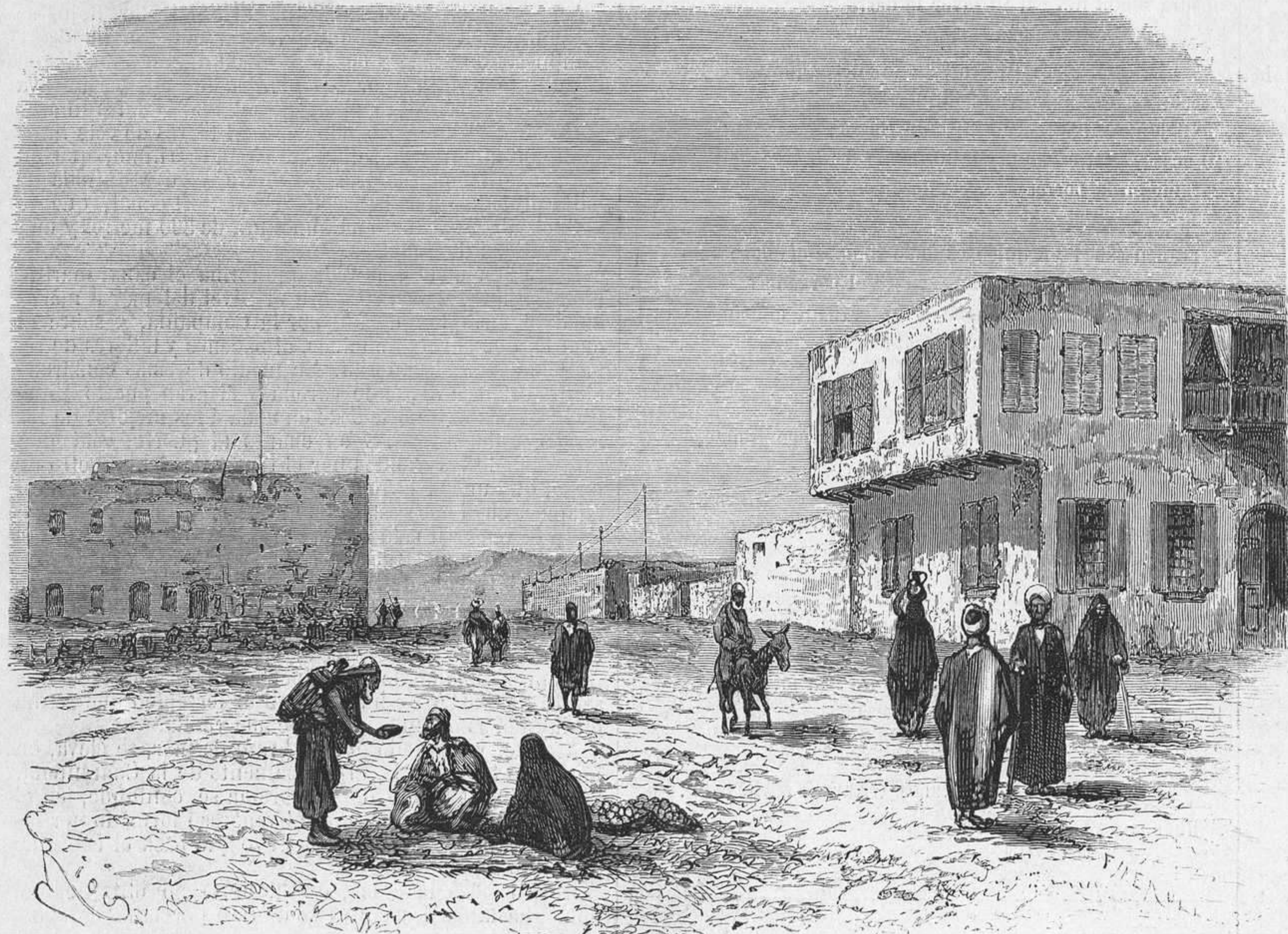
Waghorn gastó en esto toda su fortuna; pidió subsidios al gobierno inglés, y este desatendió todas sus súplicas.

En tan triste situación le conoció M. de Lesseps, que era entonces cónsul de Francia en Egipto, y él vino á ser el ejecutor testamentario de Waghorn, á quien auxilió en cuanto pudo. Era por los años de 1832, cuando la Inglaterra dejaba morir á aquel hombre, cuyo genio abrigaba la ambición de doblar su prosperidad marítima. Por última vez, pidió Waghorn un socorro al ministerio de su país, socorro que le negaron como ya le habian negado los subsidios. Este fué el golpe de gracia: Waghorn, enfermo ya, murió seis meses despues en la miseria.

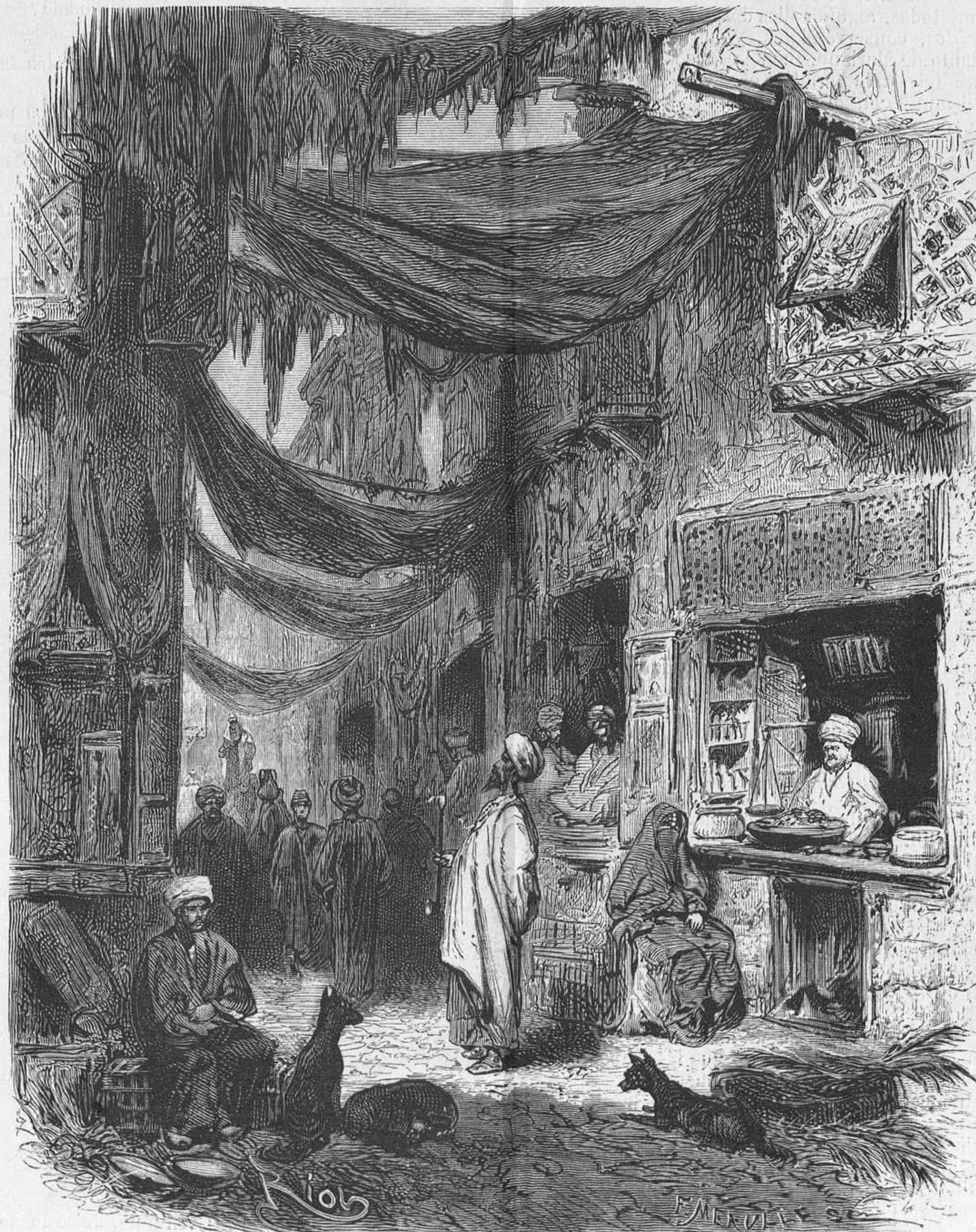
Si la Inglaterra ha olvidado á Waghorn, no así M. de Lesseps, pues el primer pensamiento del director de la Compañía de Suez, cuando ha visto terminada su obra, ha sido para el pobre alférez inglés, muerto por la idea que á él le ha sido posible realizar.

M. de Lesseps ha tenido motivos de quejarse de la mala voluntad de los ingleses en punto á su proyecto. La oposición que hicieron á su obra el poderoso ministro Palmerston y el ingeniero Stephenson, no ha podido olvidarse todavía.

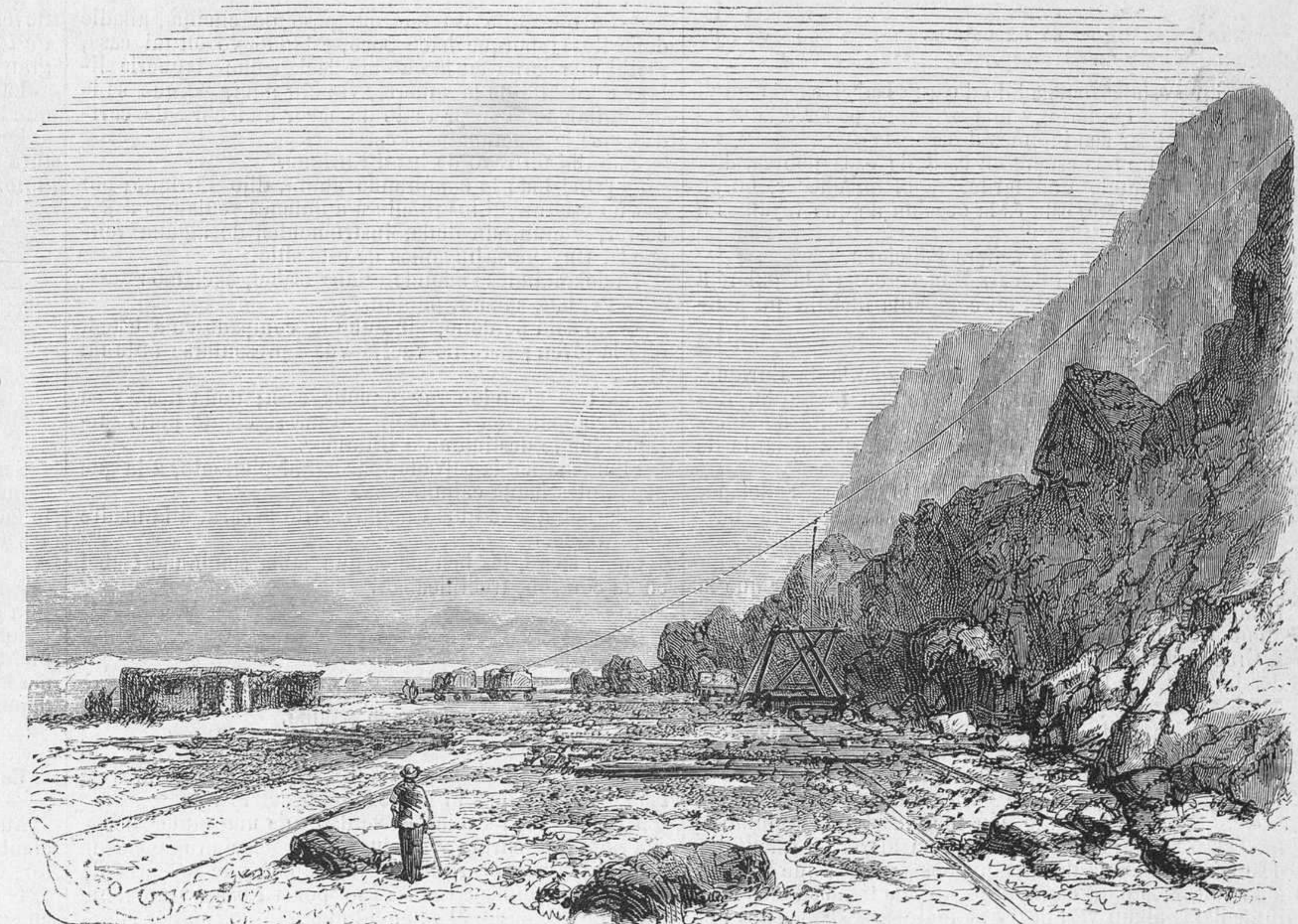
Sin embargo, en la actualidad, M. de Lesseps no ha querido acordarse mas que



Casa de la division de Suez.



Una vista del bazar de Suez.



Las canteras del Attaka, cerca de Suez.

blan la Turquía de Asia, tendrán interés en tomar la vía del canal, y ya hicieron la prueba el año último.

Se cuentan cuando menos 70,000 peregrinos que van todos los años á dar siete vueltas á la Caba, el templo que cubre el lugar donde Adán se detuvo á su expulsión del paraíso.

Este templo, construido por Abraham y su hijo Ismail, el padre de los árabes, no tiene nada de monumental. Es un edificio cuadrado de 30 á 35 pies de largo sobre 25 ó 30 pies de ancho, situado simétricamente en el centro de una gran plaza cuadrada también, y rodeada de paredes que de distancia en distancia sostienen los minaretes, desde los cuales el muezin llama á los creyentes á la visita del lugar santo y á la oración.

La Caba, arquitectónicamente hablando, no vale ni

con mucho el San Pedro de Roma, ni el San Pablo de Londres, ni el Kremlin de Moscou.

De todos modos, los peregrinos musulmanes cumplen con su obligación rigurosamente. Saben todos que el profeta ha dicho: «Una sola cosa es á los ojos de Dios mas meritoria que la peregrinación: la muerte en la guerra santa.»

Como la guerra santa no es una santificación anual, preciso es ir á la Meca á buscar la salvación, pues Mahoma ha dicho también: «El que entre en la Meca saldrá puro como la criatura que acaba de nacer,» y como el padre de los creyentes ha dejado á los fieles el cuidado de elegir su itinerario, estamos seguros de que todos ellos tomarán la vía de Suez, que es la mas corta y económica.

Pero no debe detenerse aquí la obra de la regeneración de Suez. Suez tiene un clima ardoroso, y es preciso cambiarle. El canal de agua dulce suministra el elemento esencial de esta transformación. Con algunos esfuerzos, el desierto que rodea la ciudad puede convertirse en tierras fertilizadas por el riego.

Una vez que Suez tenga en su derredor campos cultivados y arboleda, su clima se hará mas tolerable, las lluvias serán mas frecuentes, y se refrescará la atmósfera.

Antes de concluir, no olvidemos al pobre Waghorn, alférez de la marina inglesa, que ha fallecido sin tener el placer de ver realizada la grande obra.

Waghorn fué el primero que tuvo la idea de abrir á la vía de la India la canalización del istmo. Durante veinte y cinco años se cansó en vano en demostrar á los minis-

de los grandes servicios que un ciudadano inglés habia hecho á la causa de la civilización. Solo él ha pensado en honrar la memoria del alférez Waghorn, y en su justicia humanitaria ha resuelto, que se elevara en Suez una estatua á la memoria del hombre que fué el primero en señalar al mundo la vía marítima hoy inaugurada.

La estatua de Waghorn erigida en los muelles de Suez, la cabeza de línea del canal, hará reflexionar á los marineros ingleses que lleguen á desembarcar á sus pies. Esos hijos de la libre Inglaterra podrán decirse que un francés ha reparado una injusticia de su gobierno, que M. de Lesseps ha sabido adoptar á una de sus glorias, y que en lo sucesivo todas las glorias pertenecen á todos los pueblos.

La mujer de los siete maridos,

NOVELA ORIGINAL

POR JULIO NOMBELA

(Conclusion.)

— El señorito Enrique, le dijo un día, es un santo... Nadie conocería que es militar.

Y le refirió la historia del mendigo y los auxilios que, unido con su ama, prestaba á su familia.

— Ha interesado tanto á la señorita Isabel, añadió, en favor de esa pobre gente, que un día de estos quiere mi ama ir á visitarlos.

— La acompañará usted.

— Creo que no, porque, según he oído, vendrá á buscarla el señorito Enrique, y su madre irá por otro lado á la casa de los pobres... Quiere decir, que allí se encontrarán todos.

Filomena comprendió que aquello no era otra cosa que un lazo tendido por el militar á Isabel.

— Señora Feliciana, dijo: ¿Usted quiere á su ama?

— Daria toda mi sangre por ella.

— Pues es preciso que sepa yo cuándo va á esa casa.

— ¿Con qué objeto?

— ¿Cree Vd. en mi agradecimiento?

— Y tanto como creo.

— En ese caso, no le diga Vd. nada de mis temores; pero sospecho que ese joven quiere tenderle una emboscada, y es preciso que la salvemos.

La señora Feliciana quiso pedir explicaciones; pero en aquel momento llamaron á la puerta.

— Es Enrique, dijo Filomena, ocúltese Vd. en ese cuarto, salga Vd. cuando él entre en esta sala, no diga usted nada por Dios á la señorita Isabel y mañana hablaremos.

Enrique entró.

Filomena no se había equivocado; pero la caridad había triunfado de la envidia.

XX.

LA EMBOSCADA.

Enrique estaba persuadido de que Isabel caería en el lazo que iba á tenderle, y una vez en su poder estaba seguro de realizar sus infames deseos.

— Mi madre nos espera en casa de esos pobres, dijo el joven entrando una tarde, ya al anochecer, en su casa. Si Vd. quiere, esta es la ocasión de que vayamos á verla.

— Nos acompañará la señora Feliciana.

— No es necesario; la casa está cerca. Yo la guiaré á usted, y al volver vendrá en compañía nuestra mi bondadosa madre.

— En ese caso, vamos.

Y poniéndose un velo, salió en compañía de Enrique, y por la calle de la Justa, Ancha de San Bernardo, Reyes y plazuela de Capuchinas llegó á la calle de Amiel, en donde se detuvo Enrique con ella delante de una casa de mísera apariencia.

Poco después de su ama, salió la señora Feliciana, para cumplir la promesa que había hecho á Filomena.

Enrique sacó del bolsillo una llave, y abrió la carcomida puerta de aquella casa.

Esto hubiera bastado á Isabel para comprender que la tendía un lazo, si, mejor informada de los ardides del amor, hubiera tenido el recelo de la experiencia.

Gracias á las cerillas de Cascante, pudieron subir los dos jóvenes, sin tropezar, aquella tortuosa escalera y llegar hasta la puerta de una de las guardillas.

Dió un golpecito Enrique, y la puerta se abrió, presentándose á los dos jóvenes una vieja con todo el aspecto de una madre Celestina.

— ¿Ha venido mi madre? preguntó Enrique.

— Sí, señor, respondió con meliflua voz la quintañona; pero le ha dado tanta lástima al ver el estado de desnudez y miseria de mis buenos vecinos, que ha bajado con ellos para comprarles en una tienda de las más inmediatas algún vestido, y al marcharse con ellos me dejaron aquí para que se lo anunciara á Vds. cuando vinieran.

— Pero ¿vendrá pronto?

— Muy pronto, sí; yo voy con su permiso á mi cuarto, que es el inmediato, porque de un momento á otro vendrá mi pariente, que se alborota y se incomoda cuando la comida no está á tiempo.

— Vaya Vd. sin cuidado; aquí esperamos. ¿No le parece á Vd.? dijo Enrique á Isabel.

— Si no ha de tardar mucho...

— ¡Cá! no, señora; unos cuantos minutos á lo más.

La vieja se alejó, y los dos jóvenes quedaron solos.

— Isabel, dijo de pronto Enrique arrojándose á sus plantas, perdone Vd. lo que he hecho; pero si el inmenso amor que me inspira Vd. lo disculpa...

— ¿Qué dice Vd.? exclamó Isabel asustada.

— Digo que la he engañado á Vd.; los pobres que usted espera no están ya en esta casa; mi madre tampoco vendrá, porque ignora que yo he tomado esta casa, y he

urrido esta intriga para traerla á Vd. aquí, para arrojar en su presencia de Vd. la máscara con que hasta ahora he ocultado el amor que me inspira, para confesarla que el amor que siento hacia Vd. es tan grande, que necesito á toda costa que Vd. me corresponda para ser feliz.

— Enrique, Enrique, dijo Isabel reuniendo todas sus fuerzas, lo que Vd. ha hecho conmigo es infame.

— Califíqueme Vd. como quiera: soy culpable, sí; todas cuantas palabras pronuncie Vd. en contra mía, serán pocas para castigar mi atrevimiento, mi infamia, como Vd. ha dicho; pero ¡ay! el amor es ciego: la pasión en un hombre como yo lleva hasta el crimen, y créame Vd.: ó Vd. es mía, ó encontrarán aquí los que vengan más tarde, nuestros cadáveres enlazados.

La situación era altamente crítica para Isabel.

Pero aunque como mujer era débil, fué tal la aversión que sintió hacia su infame seductor, que sacando fuerzas de flaqueza calificó con dureza su conducta, y le anunció que antes preferiría ser muerta que deshonrada por aquel villano.

La escena se prolongó en súplicas, en negativas, en amenazas y en desprecios, llegando hasta tal punto la desesperación de Enrique, que estrechando en sus brazos á Isabel:

— Eres mi esclava, le dijo, tendrás que obedecer mi voluntad.

En aquel instante comenzó una desesperada lucha entre los dos.

Isabel pugnaba por desasirse de él gritando al mismo tiempo, pero el infame tapaba con sus manos su boca y ya creía su triunfo conseguido, cuando oyó golpes en la puerta.

— ¿Quién va? gritó con furia Enrique.

— Soy yo, hijo mío, abre, abre, dijo una voz, en la que los dos reconocieron á doña Rosa.

Maquinalmente soltó Enrique sus brazos, é Isabel corrió hacia la puerta á abrir, y poco después penetró doña Rosa.

— ¿Dónde está, dónde está mi hijo? gritó la pobre señora. ¿Vd. aquí? añadió reparando en Isabel.

Enrique no se atrevía á alzar los ojos del suelo.

Su mayor castigo era la vergüenza que experimentaba.

— Hemos venido, dijo Isabel serenándose, á hacer una obra de caridad en esta casa, donde viven unos pobres que han salido, y los aguardábamos para socorrerles cuando vinieran.

— ¿Será posible? exclamó doña Rosa.

— Sí, es cierto; balbuceó Enrique más humillado al ver que, en vez de delatarle su víctima, procuraba defenderle.

— Se me quita un enorme peso de encima, añadió doña Rosa; porque hace poco, estando yo en mi casa, recibí una carta, en la que me decían que si quería librar á mi hijo de la muerte, viniera aquí, porque se le había llamado con pretexto de hacer una obra de caridad y se le esperaba para asesinarle.

Esto dió un rayo de luz á Enrique.

— ¡Oh! todo lo comprendo ahora, dijo Enrique; por eso no están aquí los infelices á quienes veníamos á socorrer, y eran, sin duda, instrumentos de alguna venganza. Huyamos, huyamos de este sitio.

Y adelantándose adonde estaba Isabel, exclamó:

— Perdón, señora, perdón.

— No solo perdono, sino que le compadezco á usted, dijo la joven; pero no vuelva Vd. á presentarse ante mi vista.

Los tres abandonaron aquella casa; doña Rosa y su hijo acompañaron á Isabel, y al día siguiente pidió Enrique que le destinaran á Ultramar.

Filomena había salvado, por agradecimiento, á la que poco antes había calumniado.

Ella había sido quien había escrito la carta á la madre de Enrique.

Como se ve, los beneficios que había sembrado Isabel en su corazón, fructificaban.

XXI.

EL OCTAVO MARIDO.

Mis lectores han comprendido ya que los maridos de Isabel eran ni más ni menos que las siete virtudes.

Y con efecto; si bien es verdad que una mujer necesita poseer el cariño y después la protección que puede dispensar un esposo, cierto es también que la teoría de los maridos indispensables cae por su base y no tiene razón de ser desde el momento en que una mujer adornada con todas las virtudes tiene bastante grandeza, bastante carácter para vencer las asechanzas y los vicios.

Sola en el mundo, la hemos visto triunfar de la codicia de una mujer, de la envidia de otra, de la ardiente y desordenada pasión de Enrique, que aspiraba á seducirla, y como si esto no fuese bastante, triunfó también de don Lupercio, que con hipocresía aspiraba á los mismos fines del militar.

¿Pero era feliz en medio de estos triunfos?

Isabel se engañaba á sí propia al responderse afirmativamente.

Creía que su razón había muerto para el amor, y la verdad es que solo estaba dormido.

Desengañada de la amistad por los peligros que le había hecho correr, vivió algún tiempo en la mayor soledad, no salía nunca de su casa, y esto, como era natural, alteró su salud hasta el punto de inspirar serios temores su enfermedad.

Los médicos le encargaron que fuera al campo para

restablecerse, y la señora Feliciana, que tenía relaciones en Leganés, aconsejó á su ama que escogiese este pueblo.

Un día fué á él con su sirvienta, vieron todas las casas desalquiladas, y tomaron una que estaba próxima al hospital de dementes que existe en Leganés.

Los aires puros que allí se respiraban, los buenos alimentos y los largos paseos devolvieron la salud á Isabel.

Aunque buscaba la soledad, no pudo prescindir de admitir en su casa á algunas familias del pueblo, que deseaban su trato, porque inspiraba á todos las más vivas simpatías.

— ¿No quiere Vd. visitar la casa de locos? la preguntaban á menudo.

— ¡Oh! no, me causaría mucha tristeza ver á esos infelices.

Sin embargo, escuchaba con interés la relación de las excentricidades de los locos.

— Hay uno, le dijeron, que da lástima. Es joven, bien parecido, de gran talento y de una habilidad extraordinaria. Cuando está en los momentos lúcidos, da gusto oírle hablar; pero á lo mejor cae en una profunda melancolía, quiere llorar, dice que llora, pero sus ojos no se humedecen, las lágrimas los han abandonado para siempre.

— ¿Y cuál es la causa de su estado? preguntó un día Isabel.

— El médico del establecimiento nos ha dicho que todo en él es efecto de una pasión desgraciada. Amaba á una mujer con delirio; como era algo calavera cometió una infidelidad; su amada le rechazó entonces, y desesperado cayó primero enfermo y perdió la razón.

Rogaron muchas veces á Isabel que fuera á verle, y al fin lo consiguieron.

Mis lectores comprenden la impresión que aquel infeliz causaría en la joven, porque como habrán adivinado era Mariano.

Su dolor fué mayor cuando al verle su antiguo amante, la reconoció, cayó á sus pies implorando perdón y vió sus ojos inundados de lágrimas.

El médico de los dementes había anunciado que una fuerte emoción le curaría, y no se había equivocado.

En todo el pueblo se comentó el suceso é Isabel se vió precisada á alejarse.

Pero la piedad se había despertado en su alma.

Su amor propio estaba satisfecho, porque sola había podido resistir las asechanzas de los enemigos de su felicidad, pero la que tantas virtudes atesoraba debía sentir de nuevo la caridad.

Algunos meses después..., no se rían Vds. porque esta novela acaba como todas, algunos días después la *Mujer de los siete maridos*, conservándolos, y con permiso y gran contentamiento de Mariano, fué su esposa.

La Santa Madre Iglesia le permitió el octavo marido, que á los ojos del mundo era el primero.

Los otros siete ¡cosa extraña! contribuyeron á la ventura del que bien podía decir que había estado loco de amor por ella.

Visiones.

(Conclusion. — Véase el número anterior.)

Sería fuera de mi propósito entrar aquí en consideraciones abstractas ó en descender á pormenores puramente facultativos; pero quizá se me permitan una ó dos breves y sencillas observaciones, fruto de mucha experiencia y meditación.

Entre los profesores no se ha resuelto todavía la cuestión de si las personas de espíritu fuerte ó débil, si los ignorantes ó de sublime cultura están más frecuentemente expuestos á la manía. Si nos hallamos dispuestos á seguir la teoría de un escritor entendido y sagaz (el doctor Mouro, en su *Filosofía de la naturaleza humana*), hemos de admitir que « los niños y personas de espíritu débil nunca están sujetos á la locura; pues, añade el doctor:

— ¿Cómo podrá desesperar el que no puede pensar?

Aunque la lógica en este punto es algo floja é insuficiente, me inclino á convenir en lo principal con el autor, fundando mi deferencia:

1º En la verdad de la distinción establecida por Locke en su grande obra (lib. II., cap. II, §§ 42 y 43), donde hace mención de la diferencia entre idiotas y locos, fijando de esta suerte el resumen de sus observaciones: « En una palabra, la diferencia entre idiotas y locos parece consistir en que estos asocian ideas equivocadas y sientan proposiciones erróneas, pero arguyen, raciocinan acertadamente sobre ellas, al paso que los idiotas hacen muy pocas ó ningunas proposiciones, y apenas raciocinan algo.»

2º En lo que mi propia experiencia ha corroborado aquella distinción. Generalmente he visto que las personas más eminentes por su capacidad de pensamiento y raciocinio, mientras están en su sano juicio, si le llegan á perder, continúan ejerciendo aquella potencia, distinguiéndose por ella, aunque la empleen inexactamente, pues el entendimiento, á pesar del desarreglo y revolución de sus facultades, retiene la propensión y tendencia que de antemano se le imprimió. Mas todavía: he visto que, mayormente los de tal carácter, esto es, los pensadores, han incurrido en la locura, habiéndolos con-

ducido á semejante calamidad el perpétuo luchar y la aplicación de sus fuertes entendimientos, gastados á expensas de sus cuerpos. Finalmente, supóngase que admitimos la locura como la suerte de los entendimientos robustos, ó al menos de los que distan muchos grados de los débiles, y el idiotismo como peculiar de las almas flojas é imbéciles; pero aunque esta suposición envuelva una especie de ingrato desaire al bello sexo, es notorio que la mayoría anual de los recibidos en las casas de lunáticos es de mujeres.

He tenido por sumamente expuestas á los ataques de locura las personas dotadas de grande imaginación y fantasía, habiendo tenido á mi cuidado cuatro ejemplares idénticos, ó por lo menos muy semejantes al que actualmente refiero, y en los cuales la locura ha sobrevenido á un repentino espanto: cosa fácil de explicar. La imaginación, como facultad preponderante á que inmediatamente se apela, viva y tenaz en grado superlativo para las impresiones, despliega sus altas potencias mas practicadas á costa del juicio ó razon, dejando abatida esta y subyugada.

En este caso, nada en el espíritu ha quedado capaz de hacer frente á tan impropia dominación, y generalmente el resultado no es disímil del presente ejemplo. En cuanto á mi sistema común de tratamiento, puede todo compilarse en una ó dos palabras: deferencia, sumisión, pábulos y dulzura. Si yo hubiese usado con M... un plan diferente, ¿cuál podía haber sido el desastroso éxito?

Prosigamos pues. Fácil es al lector recordar la frase de las siguientes expresiones empleadas en EL CORAZON TRASPASADO. «A la manera que aletea una luz de una bugía espirando en su remate, y de pronto emite un momentáneo brillo para luego sumirse del todo apagada.» Me refiero á ella por suministrar una ilustración adecuada, y mas propia que cuanto pudiera ocurrirme acerca de lo verificado algunas veces en la locura.

La estrepitosa llama del delirio se reduce á los tristes y humeantes rescoldos de la fatuidad completa, para permanecer así por meses, hasta que, al modo de la vela recién aludida, reuna y concentre sus agonizantes vigores en un horroroso incendio, en un parasismo final de manía ofensiva, y despues que se ha consumido absolutamente en sí mismo, abrasado en su propio ardor, queda el enfermo, sin esperarlo, restablecido á la razon.

La experiencia de mis lectores médicos, si se han detenido algo en el ramo de la enajenación, habrá ofrecido no pocas veces á su conocimiento casos análogos. Solo un candor metafísico puede llevarnos á especular sobre el cómo y hasta dónde es innegable el hecho. Ello pasó al señor M..., quien, despues de haberse desvanecido la primera violencia, degradado á la deplorable condición de un simple idiota, pacífico y melancólico, una mañana, repentinamente, mientras almorzaba, se lanzó á la persona que siempre le asistía, y á no recaer en sugeto muy muscular, ducho en tales manejos, presto le habria sometido y tal vez asesinado.

Hubo una larga y mortal lucha, de manera que por tres veces se aterraron uno á otro, y observando el loquero en el demente una repetida mirada hácia el cuchillo puesto sobre la mesa del desayuno, procuró ladear su antagonista á fin de situarse él mismo al alcance del arma.

Ambos estaban ya rendidos del prolongado forcejeo, y el loquero, puesto en cuidado por su vida, resolvió dar fin al asunto lo mas pronto posible. Con esta mira, al momento que pudo desasir el brazo derecho, descargó tan tremendo golpe sobre la sien del pobre M... que le tiró al suelo, dejándole sin sentido y arrojando sangre á chorros por oídos, nariz y boca.

Otra vez fué sujetado con una ajustada camisola y conducido al lecho, donde al cabo de algun tiempo, en consecuencia de la postración y de las medicinas administradas, le rindió un profundo sueño, que continuó todo el día, y con leve intermisión toda la noche. Al despertar por la mañana, ¡qué fenómeno! estaba en su cabal juicio. Las tranquilas y serenas facciones, así como la sobria expresión de sus ojos, patentizaban que el sol de la razon otra vez habia positivamente amanecido para sus facultades anohecidas por tanto tiempo. Ya volvía en sí.

Antes de verle supe estas buenas noticias, y al precipitarme en su cuarto, vi que todo era verdad, corroborándolo ampliamente y á la primera vista su alterado aspecto. La benigna, aunque triste sonrisa que ahora reinaba en sus pálidas facciones, ¡cuán diferente era del atónito mirar, de la infundada risa del idiotismo, ó de la infernal vista fija del delirio! Habia un contraste tan vivo como entre el suave é insinuante crepúsculo expansivo y la abrasadora llama del medio día.

Hablaba con voz muy apocada, sin articular casi, se quejaba de un terrible consumimiento, susurraba ciertas palabras, como si dijera: «despertar de un largo y espantoso sueño;» y aseguraba que se sentía, y así era, solamente medio despierto ó medio vivo.

En todo hallaba motivo de novedad, extrañeza ó sobresalto. Temiendo abrumar demasiado sus recién nacidas potencias, fingí un pretexto y marché recomendándole refrescos, medicinas calmantes y entera negación á visitas.

¡Qué alegre tuve mi ánimo todo aquel día! Por grados, muy paulatinamente, pero con seguridad se restableció; y uno de los mas tempranos anuncios de su reviviente interés por la vida, con todo su bullicio y atropelladas escenas, fué la intempestiva pregunta de si habia comenzado la temporada de *Trinidad*, y si él era ó no elegible para comparecer á la barra.

Ignoraba de todo punto que mientras él pasó la furia lastimosa de su delirio, habian trascurrido por él tres

temporadas, y cuando yo le satisfacía sobre el particular, aludió con un suspiro al bello pensamiento de uno de nuestros dramáticos, que al ilustrar la insensible sucesión de los años por *Eudimion*, hace decir á uno: *Y contempla la vara que no llegaba á tu cabeza, cómo se ha hecho ahora un árbol.*

Hasta pasados algunos días de su vuelta á la razon, me abstuve de entrar con él en ningun pormenor, ni de hacerle particular referencia á su último achaque; pero llegada la ocasión, me contó su encuentro con el terrible objeto que le habia trastornado el juicio, añadiendo con intensa emoción, que ni despues de diez mil años se le reduciría á morar mas en el mismo cuarto.

Durante el curso de sus adelantos hácia el completo recobro, la memoria alargaba sus fortalecidos rayos cada vez mas atrás por entre la densa opacidad que habia cobijado su espíritu durante el largo intervalo de la locura; pero aun lo estaba demasiado, todavía eran palpables las tinieblas en su alma, sin llegar á ponerse iluminada enteramente y en todas sus partes.

Sin embargo, los rayos del recuerdo lucían distintamente sobre ciertos puntos de la mayor prominencia, y varias veces me dejó pasmado con su inopinada referencia á cosas que habia él dicho y ejecutado en el mas vivo arrebató del mal.

Una vez, por ejemplo, me preguntó si no habia él atentado contra su vida por medio de una navaja, y cómo fué que no lo consiguió. Con todo ningun recuerdo tenia del largo y mortal forcejeo con el loquero, á lo menos nunca hizo á ello la mas remota alusión, ni por supuesto la surgió nadie.

— Yo no reparo mucho en conversar sobre estas horribles cosas con Vd., doctor, pues conoce todo el asunto por sus fases exteriores é interiores; pero si alguien, amigo ó deudo, presumiese atormentarme con alusiones ó preguntas sobre el particular... reñiré con ellos, porque me volverían loco otra vez.

Ya puede figurarse el lector que la indirecta no fué desatendida. Todos los maníacos, al restablecerse, conservan un espanto, un absoluto horror á cuanto dice relación con su locura, ó á cosas que hayan dicho ó ejecutado durante el curso de aquella; repugnancia fácil de explicar.

— El horrible espectro que ocasionó á Vd. la enfermedad desde su primera vision, ¿se le ha presentado á usted alguna vez despues?

De esta suerte le preguntaba en una ocasión, y dejándole parado, perdió el color, respondiéndome luego con agitación suma...

— Sí, sí: apenas me dejó nunca. No siempre guardaba la forma de espectro, sino que entraba en las mas pasmosas y extravagantes combinaciones con otros objetos y escenas, aunque todas de carácter mas ó menos lastimoso ó temible, y muchas de ellas aterradoras.

Le rogué que si no era desagradable para él, me hiciese una pintura de ellas.

— Ciertamente disto mucho de recrearme en trazar escenas tan horrosas; pero cumpliré en lo que pueda; y dijo mas tétricamente. Una vez le ví (el espectro) conduciendo una legión de enormes y abigarradas serpientes contra mí; y no teniendo poder para huir de ellas, al tiempo de acercárseme, quedé sumergido en un estanque de agua, convertido yo en animal con pegadizos é informes reptiles; y mientras procuraba salirme, él sobrenadó en la superficie con la cara chisporroteando en las aguas y ardiendo en brasas como siempre. Otra vez me figuré verle junto á las puertas del paraíso en lid singular con Satanás, y al mirar las atezadas caras de entrambos, se descubria su aire atropellado y ardoroso.

Esto de la primera época de su enfermedad sin duda nacia de algun negro recuerdo de las lecturas de Milton.

— En otra ocasión creí que al ir yo á tomar un polvo, salió él de dentro de la caja, menguado en estatura al principio; pero pronto agrandándose hasta unas proporciones gigantes, despedía, en torno de sus fieras facciones, una luz y calor que materialmente encendía y tostaba. Tambien se me presentó un abochornado celaje de verano, en cuyo centro mirando yo fijamente á una luminosa hendedura hecha por el relámpago, distinguí la maldita figura de él, con sus lucientes facciones revestidas de una expresión de horror, abiertos los brazos y piernas, como si desde la altura le hubiesen arrojado abajo y fuera cayendo hácia mí por entre el firmamento. Vino... vino tirándose á los brazos que yo extendía hácia atrás, y me asió ardiendo, y requemando dentro de mí el alma que dejó marchitada. Llegué á pensar mas, y es que yo era respecto de él objeto de sensaciones extrañas, paradójicas y contradictorias, que á un mismo tiempo le amaba y aborrecía, le temía y despreciaba. (4)

Varios ejemplos mas citó de confusiones en sus habitaciones y objetos exteriores. Le hablé de su repentina exclamación concerniente al entierro del señor F... y su notable confirmación; pero no se acordaba, ó aparentó no acordarse.

Me dijo que tenia un vivo y claro recuerdo de haber estado mucho tiempo dominado por la idea de hacer consigo un sacrificio ó cosa por este estilo, para lo cual fué seducido ó estimulado por el espectro con las mas deslumbrantes sugerencias y aterradoras amenazas, haciéndole entre otras la de que Dios le sepultaría para siempre en el infierno, si él no se sacrificaba á sí mismo; pero que si lo hacia, daría en ello un sublime espectáculo al universo, etc., etc.

(1) Se me ha confiado un caso curiosísimo y corroborante de esta singular condición del sentir, pero no me es lícito publicarlo.

— ¿Se acuerda Vd. de haber dictado como una novela ó romance? ¿á cuya pregunta mia se sobresaltó cual herido por algun súbito recuerdo.

— No... mas diré á Vd. lo que bien recuerdo... que el espectro y yo estábamos sentados copiando cuantos cuentos y romances se han escrito, poniéndolos en letra valiente, ancha y redonda para luego traducirlos en verso griego ó latino.

Sin reír yo ni aun de pensamiento, sonrió ligeramente al entregarse casi por primera vez á tales emociones desde que convalecía.

Añadió que en cuanto á lo último, jamás le habia asaltado la idea de una absoluta desesperación de salir con tan estúpida empresa, y que la hubiera acometido á no ser por la pérdida de su tintero.

— ¿Tuvo Vd. alguna vez clara y distinta idea de haber perdido el uso de la razon?

— En cuanto á eso, para decir verdad, mucho lo he pensado, y aun no puedo decir cosa decisiva. Me imagino que á veces tenia del verdadero estado de las cosas breves y transitorias percepciones; mas luego se me desvanecían. Me ha quedado una íntima certeza de haber experimentado entonces un furor incansable, originado por una sensación de violencia personal, y una vez traté de ahogar á uno que me daba medicina.

Pero aun no hemos llegado á la mas singular de todas sus alucinaciones, en la que todavía aseveraba despues del restablecimiento que juzgábamos completo, y á cuyo tiempo nos declaró creer que habíamos alquilado una culebra de cascabel en Exeter-Change (Bolsa de Exeter) para tenerla cerca de él celándole constantemente, y reñir sus movimientos siempre que amenazara ponerse furioso. Con tal objeto estaba siempre enroscada debajo de su cama, pues él de vez en cuando podia sentir los movimientos y la contorsión de sus ondulantes agiaciones, así como oír una especie de suspiro, verla frecuentemente alzar la cabeza sobre la cama, y jugar con su resbaladiza lengua, primorosamente ahorquillada, pasándose por el rostro para conciliarle el sueño.

Cuando con serio aspecto el triste M... me aseguró de todas veras que él creía esto *aun*, perdí enteramente mis esperanzas de pleno y definitivo retorno á la salud. Temblaba de ponerme á pensar en cuán absurda idea era posible que persistiera él, en qué disparate, que no halló términos adecuados para calificar.

En vano solia esforzarme para sacarle de él trayéndole á la razon. Sin propósito alguno de burlarme ni hacer la caricatura de su idea, y siendo por demás representarle la absoluta incompatibilidad de aquella, correspondía yo á sus miradas con una cara tal, como debía mostrar á un personaje, de todas veras empeñado en probarme que la luna estaba hecha de queso verde.

Ya habia oído referir de cierto enfermo que, convaleciente de un ataque de locura, retuvo, como unico vestigio ó lunar de discordancia, un solo capricho, acerca del cual desvarió hasta el fin de su vida; y tal me figuraba que podia ser el de M... Simplemente creía en la posibilidad de que abrigase su extravagante concepto de la culebra, conservando sana sin embargo la disposición general de su entendimiento. De todo corazón ansiaba que así fuese, mas esperaba contra la esperanza. Entre las noches que siempre le dedicaba, advertí en la última, mientras seguía en mis conatos de desencajarle la idea de la culebra, que en el curso de nuestra conferencia soltó uno ó dos pequeños síntomas ó venas mas de locura, por cuyo motivo me separé de él, lleno de afflictivas dudas en cuanto á la posibilidad de un recobro permanente.

Mis siniestros temores fueron fatalmente realizados, pues al cabo de unos cinco años del período arriba citado, M... quien ya se habia casado, y gozaba una excelente salud general, pasando con su familia el estío en Bruselas, se mató una noche; y ¡ay de mí! se mató de un modo tan terrible que no es para contado.

M. DE F.

Costumbres japonesas.

Como la China, comienza á abrirse el Japon, y se abrirá mas pronto, no solo porque es mas pequeño, sino porque el espíritu de sus habitantes tiene mayores analogías con el nuestro. Con efecto, el japonés es mas franco que el chino, es franco y alegre por naturaleza. Sus artes, aun en sus mas humildes producciones tienen para nosotros un atractivo particular por su brillo especial, tan ingenioso y tan lleno de riqueza. Mientras se vence completamente la extraña desconfianza de esos pueblos que no querian dejarse ver, en Europa acogemos con avidez las noticias parciales que nos traen testigos oculares: recorremos con los viajeros las calles comerciales de Simanoseki, Yokohama, Osaka y los barrios tan diferentes de la inmensa ciudad de Yedo.

Así es que podemos penetrar en todas partes. En los templos de techumbres tan extrañas como el que reproduce nuestro grabado, sorprendemos las prácticas de los bonzos y disfrutamos de la frescura bajo las densas sombras que rodean las agigantadas estatuas de Budda ó de los genios. Cruzamos las piernas sobre la estera fina, único mobiliario visible de las casas de madera ó de cartón. Asistimos al tocado de toda una familia, ó á la comida de un personaje que nos ofrece el cuadro caracte-



N. G. N.

J. ETTLI/10-se.

COSTUMBRES JAPONESAS. — El servicio del Saki.



E. HEROND

C. ZAPLANTE

Un templo buddista en Nangasaki.

Estudios de Carnaval comparado, por Cham.

LOS DISFRACES.



En tiempo de la Regencia.



En tiempo de la Restauracion.



En el dia.

ASPECTO DE UN BAILE DE MÁSCARAS.



En 1747.



En 1870.

ESTILO DE LA CONVERSACION



1747. — ¡Por qué no soy Marte, yo que acabo de encontrar á Vénus!



1820. — ¡Las señas de mi casa! El cuartel de los guardias de Corps. Si no vienes yo iré á buscarte.



1870. — ¿Quieres largarte?..

rístico que verán nuestros lectores en otro grabado. Los baños públicos presentan el curioso espectáculo de un pueblo que sin carecer de delicadeza y moralidad, ignora absolutamente lo que es el pudor. Los gimnastas, luchadores y acróbatas, abundan en los mercados y las ferias y se detiene á verlos el yakunine de dos sables. Pero no hay sitio mas interesante é instructivo que la tienda del librero. La recelosa policia del gran Nippon, respeta, sin embargo, ¡raro fenómeno! la libertad del libro y del dibujo, y mil estampas, mil dibujos reunidos en preciosos albums revelan al observador las mas minuciosas particularidades de la vida nacional. Desgraciadamente no nos es posible reproducirlo todo, ni siquiera una buena parte, y por esta vez debemos contentarnos con los dos dibujos que publicamos.

A. L.

El cerrajero de Filadelfia.

(Conclusion.)

Mas entonces el cerrajero, que no estaba acostumbrado á oír adelantar expresiones, que sin la menor prueba, sin fundamento alguno, se dirigian nada menos que á mancillar su honor, intimó á su enemigo que saliese inmediatamente de su casa, con las palabras y gesto significativo de un hombre que, aunque pobre, está decidido á hacer respetar y á defender contra la insolencia del rico el santuario de su morada.

El comerciante se retiró corrido, amenazando á Amos con su venganza. Celebraron consejo los directores del Banco, y resolvieron que se prendiese á Sparks, esperando que, separado de su familia y cómplices, seria menos difícil reunir todos los datos necesarios para la completa justificación del delito, y que atemorizado con el aparato de un procedimiento criminal, confesaria tarde ó temprano.

La prision de Amos fué un nuevo y terrible golpe para su desdichada familia. Unidos, todo lo hubieran podido sobrellevar, porque nada disminuye tanto las penas, aligera tanto el peso de los quebrantos, como los consejos, los consuelos simpáticos que se prodigan mutuamente los desgraciados. Pero ¡separados, constándoles que su mas fuerte apoyo, que aquel á cuyo derredor solian reunirse en los momentos de tribulacion, yacia en un calabozo, cargado de grillos y víctima de una acusacion injusta! ¡ah! era imposible que resistiesen á tantas calamidades, mayormente en medio de la apesada atmósfera de sospechas que envolvía su morada, y que corrompia hasta el mismo ambiente que respiraban.

No obstante, sufrieron, sin murmurar todas las privaciones á que los sujetaba la ausencia de su jefe, y hasta hallaron medio de proporcionar algun alivio al cerrajero en su prision, con el poco dinero que á costa de grandes dificultades lograron agenciarse.

Habian trascurrido algunos meses sin que la menor revelacion de Sparks hubiese venido á derramar luz alguna en la oscuridad de la acusacion; cuando sus perseguidores se vieron, á pesar suyo, en la necesidad de dejar que la causa siguiese su curso sin haberse podido añadir ninguna prueba. Las únicas que presentaban contra el acusado se reducian á algunas cerraduras de composicion muy complicada y á algunos instrumentos mecánicos, que se habian hallado en el taller del pobre encausado.

Aquellas piezas, ocultando á los ojos profanos una parte del uso para que estaban destinadas, eran un testimonio patente, si no de la culpabilidad, á lo menos de la suma destreza del artesano.

Echábase de ver en ellas una variedad tal, un trabajo tan acabado, que fueron poquísimas las personas de entre los jueces, jurados y del auditorio, que creyeran que un sugeto tan pobre como Amos hubiese podido emplear tanta aplicacion en aquellas obras, con la sola mira de perfeccionar su arte.

Todos los vecinos y amigos declararon sobre el carácter y costumbres de Sparks del modo que era de esperar. Sus diferentes deposiciones concordaban todas en reconocer la decidida pasion que tenia á su profesion.

El abogado encargado de sostener la acusacion en nombre del Banco, la fundaba en varios argumentos que con mucha sagacidad iba sacando del estado de la opinion pública, de algunas sospechas vagas, de la consumada habilidad del cerrajero, que preveia habian de influir poderosamente en el ánimo del jurado.

Insistía con maliciosa pertinacia en los resultados que iba arrojando de sí el exámen minucioso de cada una de las piezas y herramientas, aprovechaba la menor ocasion para indicar lo que habia pasado entre el comerciante y el cerrajero con motivo de la abertura de la caja, tomaba en consideracion la incontestable pobreza de Amos, mirándola como causa irresistible de continuas tentaciones, é insinuaba por fin que el tiempo que Sparks empleaba en sus obras hubiera sido enteramente malogrado, á no suponer que de este modo iba disponiéndose para la ejecucion de algun plan enorme y criminal. De esta suerte, porque Amos era pobre, su aplicacion, el amor á su arte, su paciencia, todas sus virtudes se convertian en otros tantos cargos contra él.

Por último, concluía diciendo que estaba persuadido de que la condena de Sparks iria inmediatamente seguida de la confesion del delito; porque creia en su alma y en su conciencia que Amos era culpable. Por este medio

logró que la mayor parte de los que le oian adoptasen esta misma opinion. Hasta algunos de los miembros del jurado, algo inclinados á fiarse en la probabilidad de la confesion y arrastrados por el torrente de las sospechas, no se hallaban muy distantes de condenarle sin prueba alguna, lisongeándose interiormente de que el resultado vendria á justificar su perspicacia en presencia de todos. Pero era muy difícil que esto sucediese en un tribunal de América, aun en la época en que pasó el hecho que vamos refiriendo.

El fallo del juez fué claro y terminante. Sentaba que si bien era cierto que existian algunos indicios contra Amos, que algunas circunstancias relativas al modo particular de ocupar su tiempo el acusado podian difícilmente conciliarse con su pobreza habitual; que no obstante la acusacion carecia de pruebas positivas, y finalmente, que los hilos que hubieran podido conducir á la averiguacion del delito, no solo se rompian en varios puntos, sino que no se descubria uno siquiera que se extendiese mas allá de la habitacion del cerrajero. Por lo mismo fué absuelto Amos.

Aunque despues de esto no hubiese un motivo que justificara las sospechas contra Sparks, con todo continuaron suspendidas sobre su cabeza como la espada de Damocles. El vengativo comerciante y los directores del Banco, en medio de su despecho, no titubearon en declarar que, no obstante la absolucion legalmente pronunciada, no dudaban de la culpabilidad del encausado. Esta opinion, difundida con destreza, vino á ser general entre aquellas personas que, poco cuidadosas de examinar hasta qué punto podia ser probable, se sentian naturalmente dispuestas á no ver en el cerrajero absuelto mas que un pícaro afortunado. En efecto, ¿cómo era posible que la reputacion de un pobre hombre saliese intacta de los tiros traidoramente asestados por tantos y tan poderosos calumniadores?

Amos se alegraba de su absolucion, con la consoladora idea de que los jurados con ella habian cumplido concienzudamente su deber; la prueba que acababa de sufrir habia mas bien fortalecido que alterado su confianza en la justicia de su país. Al volver al regazo de su familia, fué recibido con las mismas demostraciones de alegría, que si acabara de descargarse del peso de una responsabilidad inmensa ó de librarse de un peligro inminente. Cuando por la noche se vieron de nuevo reunidos al rededor de aquel hogar, testigo en otro tiempo de las mas tiernas escenas de doméstica felicidad, dilatáronse sus corazones, elevando al Todopoderoso una afectuosa plegaria en accion de gracias por el beneficio que acababa de dispensarles.

No obstante, Amos, aunque absuelto por el veredicto del jurado, conocia que no lo estaba en la opinion pública. Tenia sobrada sagacidad para no haberlo echado de ver en la fisonomía de algunos jurados y en la mayor parte de los que asistieron á la vista de la causa. Con todo, contentóse de aguardar que se hiciese alguna revelacion, resignándose á vivir expuesto á las absurdas acusaciones que la Providencia, sin duda por un efecto de sus sabios designios, permitia que continuaran pesando sobre él.

Pero no se acordaba Amos de lo que debería hacer en lo sucesivo para subsistir. Sentíase con fuerzas para sobrellevar la fria acogida de los que le miraban con prevencion, la afectacion insultante con que muchos le volvian la cara al acercársele, y por último, la insostenible idea de las terribles calumnias de que era objeto, porque confiaba que de un dia á otro saldria completamente victorioso de ellas; pero el abandono de todos sus parroquianos vino finalmente á abrirle los ojos acerca de la espantosa realidad de su situacion.

Ya no se le encargaba trabajo alguno: los pocos artículos que iba concluyendo no hallaban despacho, y como el corto peculio que habia reunido con sus ahorros lo habian consumido los gastos del proceso, aquella pobre familia vino desgraciadamente á reconocer que, con toda su actividad y economía, le seria imposible acudir á sus necesidades diarias.

El sacrificio de una pieza del ajuar, de una parte de los vestidos considerados como supérfluos, iba inmediatamente seguido del de otras prendas y alhajas; cada dia se cercenaba algo del gasto ordinario, ya sumamente escaso.

Finalmente, despues de algunos meses pasados en la desnudez y la miseria, llegó un dia en que á la hora de comer se presentó á sus ojos inquietos la mesa enteramente desprovista y entre cuatro paredes del todo demanteladas. No quedaba otro recurso que mendigar, morirse de hambre ó abandonar la patria. Este último expediente era muy á menudo el objeto de las conversaciones de familia. En América este es el remedio á que se acude en las grandes calamidades, en las situaciones desesperadas. El quebrado, por ejemplo, se va al Ohío á gozar de sus riquezas mal adquiridas ó á abrir nueva cuenta á la fortuna; la Albania es el asilo donde no tardará en ser muy respetado, y á que se acoge el eclesiástico que ha atacado harto groseramente la flaqueza de alguna linda parroquiana. El Misuri es el punto adonde se dirige el habitante del Michigan que en una riña ha alojado su *bowie-knife* (1) entre las costillas de algun vecino. La fuga es el supremo y universal específico para los casos críticos y desahuciados.

Los Sparks no hubieran vacilado en tomar ese partido

(1) El *bowie knife* es un instrumento cortante y punzante, bastante largo y muy parecido á la navaja de nuestros paisanos, del cual se sirven con mucha destreza los americanos en sus riñas. (N. del T.)

extremo; pero conservaban aun en lo íntimo de su corazon la esperanza de que finalmente seria descubierto el culpable y todo se aclararia; además creian que el huir era justificar las sospechas en cierta manera. Si por tanto tiempo habian sobrellevado las mas duras privaciones, era en la confianza de que finalmente les seria devuelta la estimacion de sus antiguos amigos y vecinos, cuando la Providencia les hubiese abierto los ojos y rasgado el velo que encubria la verdad. Mas siéndoles ya imposible permanecer por mas tiempo en Filadelfia, la familia hizo sus preparativos de marcha. No les molestó mucho el transporte de su reducido equipaje, y como desde el dia de la absolucion habian perdido enteramente el crédito, no hubo quien les estorbase el viaje cuando se despidieron tristemente de su patria.

Entraron en una de las muchas embarcaciones que surcan aquellos rios, pasaron por delante de Schuylkill y se detuvieron en Norristown, siete leguas al N. O. de Filadelfia. Allí su afabilidad y su industria les granjearon luego lo necesario para salir de la miseria, y hasta llegaron á tener por dichosa una existencia que no turbaban ni el frio encuentro ni el aire insultante de una vecindad cegada por la prevencion. Mas ni aun allí habian de hallar un reposo estable; pues aquella era la primera estacion para aquellos peregrinos desamparados.

Un comerciante que venia de la capital é iba á las Montañas azules, en el Nuevo-Hampshire, habiendo encontrado á Sparks al atravesar á Norristown, dijo irónicamente á algunos habitantes de esta ciudad, conocidos suyos, que les felicitaba por la buena adquisicion que habian hecho del famoso cerrajero de Filadelfia.

Esta noticia, comunicada maliciosamente, cundió muy pronto, y los Sparks se vieron otra vez expuestos al mismo menosprecio que ya habian experimentado de parte de otros que los conocian de mucho mas tiempo que los honrados habitantes de Norristown. Halláronse pues, de nuevo en la cruel alternativa de perecer de hambre ó de marcharse.

Esta vez partieron sin vacilar, porque no dejaban en pos de sí ningun recuerdo agradable. Atravesaron las montañas, y despues de haber bajado al valle de Susqueannah, fué esta tribu nómada perseguida por el destino á plantar por segunda vez sus lares en Sumbury.

Aquí sucesos tan prontos y felices como en Norristown hicieron nacer en sus pechos la esperanza, para ajarla despues el soplo de la calumnia, que extendiéndose hasta el último confin de los Estados, llegó á inspirarles el temor de no poder encontrar un asilo en parte alguna. Inútil seria citar los nombres de los infinitos pueblos y aldeas donde hicieron esfuerzos vanos para ganar su miserable sustento, y de donde fueron siempre arrojados por sospechas, desaires y tribulaciones.

Habian ya casi atravesado los Estados Unidos en toda su extension y se dirigian lentamente hácia el Oeste, cuando llegados á la meseta que domina á Middleton, se detuvieron, dudando aun, si podrian sentar con seguridad la planta de sus piés lastimados en el piso de aquella ciudad. Estaban titubeando si aventurarian aun otra prueba. Sparks se sentó sobre una piedra al pié de un sicómoro y su familia se acurrucó á su rededor sobre el césped. El camino que habian andado era largo, y se hallaban cansados. Repentinamente, sin haberse dicho una palabra, vinieron á encontrarse las miradas de todos, leyeron mutuamente en ellas la expresion de los acerbos peccimientos que experimentaban sus corazones con tantos males inveterados y tantas esperanzas frustradas, y prorumpieron en un concierto de llanto y gemidos, capaz de romper el pecho mas empedernido, y al cual hasta el mismo Sparks juntaba sus sollozos, ocultando su rostro con la rubia cabellera de su hija que apoyaba la cabeza sobre sus rodillas.

Despues de haberse abandonado por algunos instantes al dolor que aun oprimia su pecho, pero cuya efusion queria contener, enjugó el llanto y dijo:

— Hijos míos, cúmplase la voluntad de Dios. Si á pesar nuestro saltan de nuestros ojos las lágrimas, guardémonos de murmurar de Aquel que ha querido someternos á esta larga prueba; si continúa persiguiéndonos, es sin duda por un oculto designio de su divina providencia. Si todavía caminamos proscritos y errantes por esta tierra, no debemos por esto olvidar sus promesas que nos aseguran consuelo eterno en una morada donde el malvado no puede dañar y halla reposo el hombre cansado. Tal vez, dijo haciendo una leve pausa y levantando sus ojos al cielo, tal vez me he envanecido demasiado de mi habilidad, tal vez me he prevalecido de ella en perjuicio de otros que habian sido menos favorecidos, tal vez he sido demasiado pronto en atribuirme el mérito, rehusándoselo á Aquel que ha dispuesto el entendimiento para recorrer un campo que nuestro orgullo nos presenta como infinito, porque nuestra débil vista no alcanza á descubrir sus límites. Mi error ha sido el de aquellos hombres grandes y sabios que se han convencido por experiencia de que lo que nosotros reputamos por el mas precioso de los bienes terrenos, es muchas veces la causa de nuestra perdicion.

En este momento, la madre, para desvanecer la tristeza que anublaba las frentes de aquella afligida tribu y para abreviar los pocos instantes que habian de pasar en aquel lugar donde estaban descansando, desplegó uno de los muchos periódicos que le habian dado en el viaje, y llamó la atencion del grupo sobre la lista de matrimonios y muertos, para ver las mudanzas que se habian verificado entre los habitantes de una ciudad cuyo recuerdo les era grato todavía aunque se mirasen desterrados de ella para siempre.

Apenas habia desplegado el papel, cuando sus ojos se fijaron con una expresion que llenó de sorpresa á cuan-

tos se disponían á escucharla sobre un artículo que, ¡ah! no podía menos de interesarle en extremo. Admirado Amos de la extraordinaria connocción que acababa de manifestar su esposa, le arrancó de las manos con cariñoso afán el periódico que en medio de su turbación iba á dejar caer, y leyó las palabras siguientes:

Robo hecho al Banco. — Sparks no fué su autor.

La impresión que experimentó no fué menos profunda que la de su débil mujer; pero como sus nervios eran mas robustos, pudo continuar y satisfacer la impaciencia de su auditorio. Sus oídos parecían que aspiraban, por decirlo así, el sonido de cada sílaba de tan agradable nueva, que concluía refiriendo los pormenores de la ejecución en Albania de un criminal que, entre otras maldades, había confesado el robo de los cincuenta mil dollars. Además de esto, el verdadero culpable descargaba á Sparks, á quien jamás había visto, de toda participación en el crimen, explicando el modo como había empleado toda aquella cantidad.

Grande fué la alegría de los viajeros reunidos á la sombra del sicómoro; espontáneamente se postraron y rindieron gracias con la mayor efusión al Sér misericordioso que les había dado la fuerza necesaria para llevar hasta allí el peso de la aflicción, librándolos de él antes que el desfallecimiento se lo hiciera insoportable.

Resolvieron desde luego restituirse á su ciudad nativa, y apenas había transcurrido una semana, cuando se dirigían ya sosegadamente hácia ella.

En el intervalo se había verificado un cambio extraordinario en los habitantes de Filadelfia. Las gacetas y diarios que, ecos fieles de todas las prevenciones del público, habían pedido poco antes con declamaciones pomposas la condena del cerrajero, proclamaban ahora con énfasis la revelación del criminal y se admiraban por otra parte con aparente candor de que las sospechas no hubiesen quedado desvanecidas por la evidencia que había resultado de los debates de la causa.

Esmerábanse igualmente en hacer una descripción patética de la felicidad doméstica de que habían gozado los Sparks antes de que comenzara el malhadado proceso, no olvidándose de añadir, como por vía de contraste, los mas minuciosos pormenores, tomados en parte de la realidad, pero hijos los mas de su imaginación, acerca de los sufrimientos inauditos, las increíbles privaciones y los tormentos indecibles que habían tenido que sufrir en la peregrinación que habían emprendido á fin de sustraerse á las consecuencias de una acusación tan funesta como injusta.

La ciudad entera tomaba parte en estas aclamaciones; los vecinos y antiguos amigos de los Sparks, que habían sido los primeros en colmarlos de pesares, blasonaban ahora de ser sus mas decididos campeones. Todos se mostraban igualmente inquietos por saber en qué rincón de la tierra podrían hallarse. Unos aseguraban que habían muerto en medio de los bosques, otros que habían sido reducidos á cenizas en una pradera incendiada; el mayor número se inclinaba á creer que Sparks en un arrebatado de sombrero despecho, despues de haber dado muerte á su esposa é hijos, había puesto fin á su triste vida.

Todas estas hipótesis, todos estos cuentos tenían por resultado llevar los ánimos al mismo grado de fermentación á que en otro tiempo los llevara el asunto del robo, con la sola diferencia que la oleada de la opinión había tomado una dirección enteramente opuesta.

De ahí fué que luego que Sparks y los suyos, que habían sido arrojados de la ciudad como gente perdida, llegaron á los arrabales, fueron acogidos, felicitados, festejados por millares de habitantes, para quienes el súbito cambio de fortuna los había hecho un objeto del mas vivo interés, esmerándose todos á competencia en demostrárselo con las señales mas expresivas.

Su entrada en la ciudad fué una verdadera ovación; y las cien voces del pueblo, que piden siempre una víctima, les decían en grito que entablasen una acción de resarcimientos de perjuicios contra los directores del Banco, añadiendo que esta era una reparación solemne, debida á aquella desgraciada familia.

Sparks no quería enredarse en las gestiones que exigía una pretensión de esta naturaleza; se hallaba rehabilitado en la opinión pública, por esa opinión misma, su industria estaba realzada, se veía otra vez en su tienda, donde podía dedicarse de nuevo á sus trabajos predilectos; su familia restituida á los modestos hábitos de su antigua existencia, vivía satisfecha y feliz. Sparks nada quería; pero la voz pública era mas exigente; la ciudad entera de Filadelfia había decidido que los banqueros pagarian.

Un abogado célebre se ofreció á llevar el negocio, allanándose á prescindir de sus honorarios en el caso de obtener un veredicto favorable. Entonces reflexionó el cerrajero. En lo que miraba á su persona, hubiera fácilmente olvidado los agravios que tenía recibidos; pero consideraba que en defender los intereses de una corporación rica y destruir las esperanzas de un pobre y simple artesano se había desplegado un ardor que por el bien de la sociedad convenía que no quedase sin castigo.

Parecióle que esta causa produciría un resultado moral y saludable, que sería como un aviso para el rico de que no se envanece demasiado con la influencia que debe al dinero, al paso que fortalecería el corazón del pobre para sobrellevar los golpes de una persecución injusta. Dióse pues principio á la causa, sin embargo de los reiterados ofrecimientos de transacción hechos por parte del Banco.

Los alegatos de los abogados fueron muy notables, señaladamente el del cerrajero, que le ofrecía un tema en

que podía desplegar con ventaja todos los recursos de su talento. Así fué que, despues de una elocuente y arrebatadora defensa, el público que formaba el auditorio, en el mismo lugar en que algunos años antes había condenado en el fondo de su corazón á Amos Sparks sin prueba alguna, aquel mismo público se deshacía en lágrimas al oír la relación de lo que había padecido el desventurado artesano; y apenas se hubo sabido el veredicto del jurado, que condenaba al Banco al pago de 10,000 dollars en resarcimiento de los perjuicios causados, se vió Amos Sparks, rodeado por la muchedumbre, levantado del suelo y llevado en triunfo á su casa, en medio de las aclamaciones y alegres acentos de la voz del pueblo, que por esta vez fué sin duda la voz de Dios.

M. DE F.

La casa de Cardona,

POR VICTOR BALAGUER.

Al que este sepulcro esconde
Por ser varon de su ley,
Entre los reyes fué conde,
Entre los condes fué rey.

Epitafio de don Ramon de Cardona.

I.

EL JUGLAR DEL CONDE DE BARCELONA.

La historia de Cardona es un poema.

Nosotros no haremos mas que poner ante los ojos del lector un cristal óptico á través del cual verá grandes escenas, personajes colosos, episodios de amor y de guerra, dramas completos y palpitantes de interés como una novela de Dumas.

El origen de Cardona se pierde en la noche de los tiempos.

Ignórase si perteneció á los Cosetanos ó á los Castellanos. Se sabe solo que había ya allí un castillo en la época de los romanos, y esto basta para probar que tiene derecho á la antigüedad histórica.

Cardona tiene sus quinientas casas por las vertientes de un monte que corona su grandiosa fortaleza.

Cuando baja la niebla á envolverla con su manto, diríase una desconsolada viuda que llora la muerte de sus señores.

Es que con sus señores Cardona ha sido grande, Cardona ha sido noble, Cardona ha sido ilustre.

Se la ve brotar de la oscuridad de los siglos con su primer señor y desaparecer cuando sus condes colgaron la espada.

Mientras fué condal, no hay apenas historia donde deje de encontrarse una página en que no brille su nombre, y no hay página de su historia que no sea un glorioso hecho de armas.

Desaparecieron sus condes de los anales; desapareció Cardona de la historia.

Cardona es el Escorial donde duerme la poesía cabaleresca.

Fué el primer baluarte que se erizó de almenas y de lanzas para defenderse contra los moros; fué la última fortaleza que sucumbió cuando la guerra de sucesión.

No hay memoria de que su castillo se haya rendido jamás, como no hay memoria de que haya sido vencido nunca un conde de Cardona.

Inexpugnable fortaleza, hoy eleva su encanecida frente sobre la cima en que hunde sus piés de granito, y parece contemplar á la villa que reposa perezosamente á sus plantas, como un gigante que descansa de sus atléticas luchas.

Pero hora es ya de que empecemos á contar la historia de Cardona, y para contarla contaremos la historia de sus condes.

Soberano de Barcelona era ya largo tiempo hacia Borrell II, y la herencia de Wifredo había cobrado nuevo valor en sus manos, pues que, como dicen las crónicas, los términos de los victoriosos catalanes se iban extendiendo y dilatando por la tierra de los moros, quitándoles el dominio y dejándoles en la sujeción y servidumbre en que ellos tenían á los nuestros.

Sucedió en esto que mientras los Estados del conde gozaban los beneficios de la victoria, una maligna enfermedad tendió sus alas sobre la cabeza de Borrell. Largo tiempo estuvo enfermo, y al abandonar por fin el lecho del dolor, que sus cortesanos habían creído sería el de su muerte, la alegría del pueblo fué tal, que Barcelona lo celebró en públicos festejos.

Empero, aunque la enfermedad había pasado, la salud del conde parecía haber desaparecido. Jamás acababa de lograr un completo restablecimiento, y sus cortesanos admirábanse de ver en él una tristeza profunda, una intensa melancolía que nada bastaba á combatir, que tenazmente se resistía á todos los esfuerzos unidos para disiparla.

El buen conde de Barcelona pasaba los dias sentado junto á una ventana de su palacio, paseando su mirada indiferente ya por la bóveda azul del alto cielo, ya por la plaza donde se apiñaba el pueblo deseoso de saber noticias de su salud, ya por el tropel de caballeros que

á su alrededor se agrupaban disputándose la gloria de hacer brotar una sonrisa en los marchitos labios de su conde.

Todos desesperaban ya de volver á Borrell su animación antigua, de volver á sus ojos aquella mirada, que era un rayo, y á su corazón aquel entusiasmo santo que le hacía desear siempre combates y luchas contra los moros para mejor honra de su cristiano pueblo.

En esto, el juglar del conde se presentó una mañana al principal consejero de Borrell y le habló así:

— Todo está enfermo estando enfermo el conde, que sabido es que en Barcelona cuando el conde está triste, el pueblo llora. Ya sé que muchos medios habeis probado, pero siempre en vano, para devolverle su antigua alegría. Y bien, ya que nadie de vosotros, sus consejeros y cortesanos, lo ha alcanzado, permitidme á su humilde juglar que á su vez lo intente. Puede que lo logren mis cantares; puede que mi voz, que antes oía con tanto gusto, disipe esa atmósfera de sopor y soñolencia que pesa sobre nuestro soberano. Decid, ¿quereis que lo pruebe?

El consejero se encogió de hombros desdeñosamente, pero dijo sin embargo al cantor:

— Prueba.

El juglar dió un grito de contento, y se precipitó en el salón donde estaba el conde rodeado de sus señores, á ninguno de los cuales dirigía la palabra. Reinaba pues en la sala un silencio de muerte. Borrell, enflaquecido por la enfermedad, pálido, crecida su barba y su cabello, estaba sentado en un sillón y tenía la cabeza baja y clavados los ojos en el pavimento como si allí viera algo que absorbiera poderosamente su atención.

Despues de tantos dias en que el conde permanecía sumido en aquella tristeza que le devoraba, indiferente á todo, abriendo solo la boca para las menos palabras posibles, los cortesanos empezaban á creer en un maleficio.

El juglar que penetró en el salón en uno de los instantes de mayor y mas sepulcral silencio, tenía una figura ingrata y hasta cierto punto ridícula. Era casi enano, y sobre un cuerpo delgado como una ballesta, balanceaba una cabeza verdaderamente monstruosa para aquel cuerpo tan pobremente dotado. Vestía unas calzas y jubón acuartelado, y una gorra de seda y pieles con un cuerno y varias campanillas encima cubría su cabeza. En una mano llevaba una pequeña marota con campanillas también, y en la otra un instrumento particular, parecido á la guitarra de nuestros tiempos, y con el cual acompañábase sus cantares.

El juglar entró haciendo sonar sus campanillas, y despues de haber saludado burlescamente á todos los señores que había en la sala, se fué corriendo á sentarse en el suelo á los piés de Borrell, al que dijo familiarmente:

— Buenos dias, conde.

El conde levantó la cabeza, vió al juglar y se sonrió. Era la primera vez en dos meses que se sonreía. Se levantó un murmullo entre los cortesanos. Parecía como que tuviesen celos de que fuese un bufon el que hubiese arrancado aquella primera expresión de sentimiento de su soberano.

Animado el juglar con aquella primera prueba, prosiguió:

— Aquí me tienes, conde. Soy yo, tu loco, que viene á curarte viendo que los recuerdos no saben hacerlo.

Esto promovió una segunda sonrisa del conde, que levantó un brazo y apoyó cariñosamente una mano en el hombro de su juglar favorito, el cual admitió aquella muestra de afecto con el mismo gozo con que un leblre se deja acariciar de su amo.

— Conde y señor mio, continuó el juglar cada vez mas envalentonado y cada vez confiando mas en el éxito, ¿quieres que te cante una trova de guerra ó una de amores?

— No, no, dijo el conde con un gesto de disgusto, no quiero cantos.

— Pues bien, te contaré una historia. En algo hemos de pasar el rato.

Borrell hizo una seña negativa con la cabeza.

— ¿No quieres que cante ni que cuente? dijo el juglar con cierto cómico enfado. Pues entonces me voy. Adiós, conde. Abandono tu corte y tu palacio. Yo no puedo vivir entre ingratos. Me iré á buscar otro soberano que esté de humor de oír mis cantos ó de atender mis cuentos.

E hizo ademán de levantarse del suelo, como un niño mimado al que se niega un juguete. La mano del conde le detuvo.

— ¡Ah! exclamó el juglar. Entonces quieres que cuente mi historia.

El conde hizo como poco antes su consejero. Se encogió de hombros y dijo con cierto desden, como un hombre que se ve obligado á obedecer á un capricho que se impone:

— Cuenta.

Toda esta escena pasaba á los ojos de los principales señores de la corte de Borrell, quienes hasta cierto punto no se admiraban de ella. Demasiado sabían la familiaridad del juglar con el conde y hasta el ascendiente que sobre él tenía, ascendiente que no dejaban de envidiar las mismas personas que al parecer lo despreciaban.

— Es una historia reciente y cuyo héroe es uno de tus señores, dijo el juglar. Acercaos todos, nobles varones, prosiguió con cierto mímico desparpajo, acercaos todos y oid la historia de la hermosa Sibila y de sus cuatro amantes.

Y despues de toser para darse importancia, y de mover la cabeza para hacer sonar las campanillas de su gorro, el juglar empezó así:

II.

QUIÉN ERA SIBILA Y QUIÉNES FUERON SUS TRES PRIMEROS AMANTES.

« Has de saber, conde y señor mio, dijo el juglar, que si hay una mujer hermosa entre las mujeres, es sin disputa la hermosa Sibila.

» Yo la conozco y puedo hablar así.

» En el país en que antes vivía, se narraban cien cuentos á cual mas absurdos, por supuesto. Al verla tan bella, tan rubia, tan deslumbrante de hermosura, unos no podían creer que fuese una mujer formada como nosotros, y decían que era hija del sol; otros, al verla correr todo el día por el bosque, cazadora infatigable, decían que era hija de una leona.

» Necesades todo, conde y señor mio. Sibila es tan mujer como yo soy tu juglar, y como tú eres el conde de Barcelona.

» Sibila poseía un castillo que la hacía dueña de las montañas, un talismán que la hacía dueña de las hadas, y unos ojos que la hacían dueña de los hombres.

» Cuando niña, se entretenía en clavar flechas en el corazón de los pájaros, cuando mujer clavaba también flechas, pero era en el corazón de los hombres.

» Siendo niña, se aficionó á la caza, siendo mujer á la guerra, y la mujer que ama á Marte, no tarda mucho en adorar á Vénus.

» Nada hay en esto de particular, conde y señor mio. La niña tiende redes y lazos á los pájaros, la mujer tiende lazos y redes á los hombres. Todo viene á ser una especie de caza, y afortunadamente para la mujer, el ave tiene la astucia del hombre y el hombre la debilidad del ave.»

Borrell se sonrió al llegar el juglar á este punto de su historia. Todos los cortesanos entonces, por deferencia al conde, se sonrieron también. Aquellas sonrisas llenaron de orgullo al juglar que, debemos decirlo en honor suyo, desplegaba aquel día una verbosidad en él no acostumbrada. Conoció que su historia empezaba á interesar y, por lo mismo, moviendo su cabeza y haciendo sonar sus campanillas, continuó con mayor afán su empezada narración.

« Ya he dicho que Sibila era muy hermosa. Pero, ¿quieres saber, conde Borrell, el secreto de su hermosura? Pues entonces, óyeme con atención. Uno de los muchos cuentos del país sobre Sibila se encargará de decírtelo.

» El padre de Sibila diz que en otro tiempo hiciera un gran servicio á la reina de las hadas; la reina de las hadas, que no debía pecar por desagradecida, quiso reunir en su hija todas las perfecciones humanas para pagar con esto la deuda que había contraído con el padre.
(Se continuará.)

Un ataque de lobos.

Existe en las inmediaciones del pueblo de Praye, canton de Vezeline, en la Lorena, una granja aislada, que tiene cerca diferentes bosques mas ó menos vastos. Desde principios del invierno todas las noches acudían al rededor de esta casa una porción de lobos que con sus aullidos sembraban el espanto en muchas leguas en contorno. En esto vino á morir el caballo del labrador, y este tuvo la ingeniosa idea de presentar la carne muerta como cebo á aquellos animales.

El espacioso corral que se encuentra delante de la casa está cerrado con sólidas paredes. A la caída de la noche,



Un ataque de los lobos en la Lorena.

el labrador arrastró el animal muerto, atado á dos caballos, en torno de su granja, y le hizo entrar por la puercecilla que da á sus tierras, la cual dejó abierta toda la noche. El caballo quedó al otro extremo del corral á vista de la puerta. A las ocho se apagaron todas las luces, y dos horas después diez ó doce lobos rodeaban la habitación, sin atreverse á entrar por aquella puerta que había quedado abierta.

Sin embargo, á eso de las diez y media un lobo penetró en el patio y se retiró; algunos minutos después entró otro, luego otro; pero estos también se retiraron. Fácilmente se veía esta maniobra desde el primer piso y el granero, en donde estaban apostados los habitantes de la granja: hacia una luna magnífica y nada podía ocultarse á las miradas.

Fueron entrando y saliendo lobos, hasta que por fin, uno mas osado ó mas hambriento llegó hasta dos ó tres metros del caballo y se detuvo; siguiéronle otros dos y entre tanto, los que rodaban en torno de la

durado menos de dos años, publicó una relación de este viaje, cuya parte relativa á la Australia ha obtenido un gran éxito. En la segunda, que acaba de ver la luz y que trata de Java, Siam y Canton, M. de Beauvoir cuenta de este modo la velada que el duque de Penthièvre y él pasaron en casa de un príncipe javanés.

« Después de haber dado un paseo en los carruajes del príncipe, nos sirven una opípara comida y seguidamente empieza la música.

» Era la obertura, ahora va á principiar el espectáculo; son las ocho de la noche; por el fondo de aneas y sombrías alamedas llegan oleadas de población; nosotros tomamos asiento delante del balcón del serrallo.

» El serrallo es un cuerpo de edificio separado del nuestro, guardado por centinelas.

» Se abre una puercecilla y aparecen cuatro bailarinas tímidas y febriles, mirando á todas partes.

» Ahí están en todo su esplendor delante de su señor y amo. Pero eso no es un baile, son oscilaciones lentas y posturas graciosas que ejecutan sin cambiar de sitio, al sonido de una música invariable. Unas veces se provocan en guerra como trágicas, toman un arco de oro, le arman en una postura tan clásica como la de las Amazonas de la fábula y arrojan flechas de pluma; otras veces caen de rodillas como en oración, y la música entona un canto plañidero acompañado de un solo violín indígena; otras el compás se acelera, y entonces las bailarinas juegan con largas plumas de pavo real y hacen la rueda.

» Pero de repente, y á una señal de su señor y amo, vuelven al serrallo, como las apariciones de un sueño.

» Entonces se acaba la fiesta: los espectadores se deslizan por racimos de sus palcos aéreos que son los cocos: la muchedumbre se dispersa, llega una patrulla para doblar el puesto del serrallo, se apagan las antorchas y en el silencio de una noche admirable, á una luz de fuego de Bengala que llega del gineceo hasta nosotros, una sola voz de mujer parece repetir á la sordina la canción del arco.»

» Pero de repente, y á una señal de su señor y amo, vuelven al serrallo, como las apariciones de un sueño.

» Entonces se acaba la fiesta: los espectadores se deslizan por racimos de sus palcos aéreos que son los cocos: la muchedumbre se dispersa, llega una patrulla para doblar el puesto del serrallo, se apagan las antorchas y en el silencio de una noche admirable, á una luz de fuego de Bengala que llega del gineceo hasta nosotros, una sola voz de mujer parece repetir á la sordina la canción del arco.»



JAVA. — La orquesta de un haren javanés.

Java, Siam, Canton.

UNA REUNION EN CASA DE UN PRÍNCIPE JAVANÉS.

El duque de Penthièvre, hijo del príncipe de Joinville, que ha seguido la carrera de su padre, es ya un buen marino y un brillante oficial.

El conde de Beauvoir, su compañero en un viaje al rededor del mundo, que no ha

durado menos de dos años, publicó una relación de este viaje, cuya parte relativa á la Australia ha obtenido un gran éxito. En la segunda, que acaba de ver la luz y que trata de Java, Siam y Canton, M. de Beauvoir cuenta de este modo la velada que el duque de Penthièvre y él pasaron en casa de un príncipe javanés.

« Después de haber dado un paseo en los carruajes del príncipe, nos sirven una opípara comida y seguidamente empieza la música.

» Era la obertura, ahora va á principiar el espectáculo; son las ocho de la noche; por el fondo de aneas y sombrías alamedas llegan oleadas de población; nosotros tomamos asiento delante del balcón del serrallo.

» El serrallo es un cuerpo de edificio separado del nuestro, guardado por centinelas.

» Se abre una puercecilla y aparecen cuatro bailarinas tímidas y febriles, mirando á todas partes.

» Ahí están en todo su esplendor delante de su señor y amo. Pero eso no es un baile, son oscilaciones lentas y posturas graciosas que ejecutan sin cambiar de sitio, al sonido de una música invariable. Unas veces se provocan en guerra como trágicas, toman un arco de oro, le arman en una postura tan clásica como la de las Amazonas de la fábula y arrojan flechas de pluma; otras veces caen de rodillas como en oración, y la música entona un canto plañidero acompañado de un solo violín indígena; otras el compás se acelera, y entonces las bailarinas juegan con largas plumas de pavo real y hacen la rueda.

» Pero de repente, y á una señal de su señor y amo, vuelven al serrallo, como las apariciones de un sueño.

» Entonces se acaba la fiesta: los espectadores se deslizan por racimos de sus palcos aéreos que son los cocos: la muchedumbre se dispersa, llega una patrulla para doblar el puesto del serrallo, se apagan las antorchas y en el silencio de una noche admirable, á una luz de fuego de Bengala que llega del gineceo hasta nosotros, una sola voz de mujer parece repetir á la sordina la canción del arco.»

» Pero de repente, y á una señal de su señor y amo, vuelven al serrallo, como las apariciones de un sueño.

» Entonces se acaba la fiesta: los espectadores se deslizan por racimos de sus palcos aéreos que son los cocos: la muchedumbre se dispersa, llega una patrulla para doblar el puesto del serrallo, se apagan las antorchas y en el silencio de una noche admirable, á una luz de fuego de Bengala que llega del gineceo hasta nosotros, una sola voz de mujer parece repetir á la sordina la canción del arco.»